

ANTOLOGIA
DE
PABLO DE ROKHA

PAGINA 15 DE LOS GEMIDOS

El martes 10 de septiembre de 1968, a las 10,10 hs., en Valladolid 106, Stgo. de Chile, de un tiro 44 en la boca que dijo esta *palabra*, y exactamente a los 73.

Aquí yace *Juan, el carpintero*; vivió setenta y tres años sobre la tierra, pobremente, vio grandes a sus nietos menores y amó, amó, amó su oficio con la honorabilidad del hombre decente, odió al capitalista imbécil y al peón canalla, vil o utilitario; —juzgaba a los demás *según el espíritu*.

*

Las sencillas gentes honestas del pueblo veíanle al atardecer explicando a sus hijos el valor funeral de las cosas del mundo; anochecido ya, cantaba ingenuamente junto a la cuna del rorro, un olor a virutas de álamo o quillay, maqui, litre, boldo y peumos geniales perfumaba el ambiente rústico de la casa, su mujer sonreía; no claudicó jamás, y así fue su existencia, así fue su existencia.

*

Ejerció diariamente el grande sacerdocio del trabajo desde el alba, pues quiso ser humilde e infantil, modesto en ambiciones; los domingos leía a Kant, Cervantes o Job; hablaba poco y prefería las sanas legumbres del campo; *vivió setenta y tres años sobre la tierra*, falleció en el patíbulo, POR REVOLUCIONARIO. R. I. P.

VERSOS DE INFANCIA

1913-1916

GENIO Y FIGURA

A Winétt

Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡oh Pueblos!
El canto ahí, frente a frente a Satanás,
dialoga con la ciencia tremenda de los muertos,
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Aún, mis días son pedazos de muebles viejos
(ayer tarde veía llorar a Dios...). Los gestos van
así, mi niña, solos, y tú dices: "te quiero",
cuando hablas con "tu" Pablo, sin oírme jamás.

El hombre y la mujer tienen olor a tumba;
el cuerpo se me cae sobre la tierra bruta
lo mismo que el ataúd del infeliz.

Enemigo total, aúllo por los barrios,
un espanto más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro
que el hipo de cien perros botados a morir.

EL FOLLETIN DEL DIABLO

1916 - 1922

PROLOGO

.....

Son campanarios mis sentidos,
y son de fuego las campanas;
sobre el tejado han hecho nido
todas las canciones humanas.

Crujo en la máquina moderna,
canto en las llagas y en la luna,
en el hogar, en la taberna,
en el ataúd y en la cuna.

Quiero ser simultáneamente
sombra y luz, raíz, hoja y fruto,
y condensar inmensamente
toda la vida en un minuto.

Arbol florido es mi esqueleto
y linda niña en flor la vida,
cuyo columpio está sujeto
bajo su inmensidad florida.

Estoy a obscuras y soy lumbre,
soy la multitud y estoy solo,
mis trancos van de cumbre a cumbre,
mi cerebro de polo a polo.

Nunca jamás tuve otro techo
que aquel que dan los cielos vastos;
crío montañas en el pecho
y en la cara flores o pastos.

.....

Gime la vida entre mis brazos
como mujer recién casada;
mientras me va haciendo pedazos
se va quedando embarazada.

.....

La realidad colma estos cantos
universales y absolutos:
soy el más bruto de los santos,
soy el más santo de los brutos.

En mi intuición están las cosas
lo mismo que recién nacidas,
con esa ingenuidad grandiosa
de las cosas desconocidas.

Odio lo inútil y lo vago,
amo lo fuerte y lo rotundo;
mi corazón es como un lago
donde se está cuajando el mundo.

Y mi concepción de la vida
tiene estupendas diagonales,
pues son mis puntos de partida
los cuatro puntos cardinales.

.....

... ¡Versificar a bofetadas,
ser trágico, brutal y fuerte,
y colgar una bufonada
sobre la vida y la muerte!...

Mi sensibilidad gravita
con los fenómenos actuales;
canto la vida cosmopolita
y los valores nacionales.

Sangre de potro hay en mis venas,
cuajada de héroes en mi cráneo
—cosas malas y cosas buenas—,
y un gesto inmortal, momentáneo.

LOS GEMIDOS

1919 - 1922

BALADA

Yo canto el canto sin querer, necesariamente, irremediablemente, fatalmente, al azar de los sucesos, como quien come, bebe o anda y porque sí; moriría si no cantase, moriría si no cantase; el acontecimiento popular del poema estimula mis nervios sonantes, no puedo hablar, entono, pienso en canciones, no puedo hablar, no puedo hablar; las ruidosas, trascendentales epopeyas me definen, e ignoro el sentido de mi flauta; aprendí a cantar siendo nebulosa, odio las utilitarias labores erradas, cuotidianas, prosaicas, y amo la ociosidad ilustre de lo bello; cantar, cantar, cantar... he ahí lo único que sabes, Pablo de Rokha...

Los sofismas universales, las cósmicas, subterráneas leyes dinámicas me rigen, mi canción natural, polifónica se abre más allá del espíritu, la ancha belleza subconsciente, trágica, matemática, fúnebre, guía mis pasos en la obscura claridad; cruzo las épocas cantando como en un gran sueño deforme; mi verdad es la verdadera verdad, el corazón orquestal, musical, orquestal, dionisiaco, flota en la augusta, perfecta, la eximia resonancia unánime, los fenómenos convergen a él, y agrandan su sonora sonoridad sonora, sonora; y estas fatales manos van, sonámbulas, apartando la vida externa —conceptos, fórmulas, costumbres, apariencias—; mi intuición sigue los caminos de las cosas, vidente, iluminada y feliz, porque todo se hace canto en mis huesos, todo se hace canto en mis huesos.

Pus, llanto y nieblas lúgubres, dolor, sólo dolor mamo en los roñosos pechos de la vida, no tengo casa y mi vestido es pobre; sin embargo, mis cantares dramáticos-inéditos, modestísimos suman el pensamiento, todo el pensamiento de la raza y la voz del instante; soy un país hecho poeta, por la gracia de "Dios"; desprecio el determinismo de las ciencias parciales, convencionales, pues mi sabiduría monumental surge pariendo axiomas desde lo infinito y su elocuencia errante, fabulosa y terrible crea mundos e inventa universos continuamente;

afirmo o niego, y mi pasión gigante atraviesa tronando el pueblo imbécil del prejuicio, la mala aldea clerical de la rutina.

Atardeciendo me arrodillé junto a una inmensa y gris piedra humilde, democrática, trágica, y su oratoria, su elocuencia inmóvil habló conmigo, en aquel sordo lenguaje cosmopolita e ingenuo del ritmo universal; hoy, tendido a la sombra de los lagos, he sentido el llanto de los muertos flotando en las corolas; oigo crecer las plantas y morir los viajeros planetas degollados igual que animales, el sol se pone al fondo de mis años lúgubres, amarillos, amarillos, amarillos, las espigas van naciéndome, a media noche los eternos ríos lloran a la orilla de mi tristeza y a mis dolores maximalistas se les caen las hojas... "buenos días, buenos días, árbol", dije al reventar la mañana sobre las rubias cumbres chilenas, y más tarde clamaba: "estrellas, sois estrellas, ¡oh prodigio!...".

Mis pensamientos hacen sonar los siglos contra los siglos; voy caminando, caminando, caminando musicalmente y mis actos son himnos, cánticos naturales, completamente naturales; las campanas del tiempo repican cuando me oyen sentirme; constituyo el principio y la razón primordial de todas las tonadas, el eco de mis trancos restalla en la eternidad, los triángulos paradójicos de mi actitud resumen el gesto de los gestos, el gesto, la figura del superhombre loco que balanceó la cuna macabra del orbe e iba enseñándole a hablar.

Los cantos de mi lengua tienen ojos y pies, ojos y pies, minúsculos, alma, sensaciones, grandiosidad de héroes y pequeñas costumbres modestas, simplisísimas, mínimas, simplisísimas de recién nacidos, aúllan y hacen congojas enormes, enormes, enormemente enormes, sonríen, lloran, sonríen, escupen al cielo infame o echan serpientes por la boca, obran, obran lo mismo que gentes o pájaros, dignifican el reino animal, el reino vegetal, el reino mineral, y son bestias de mármol, bestias, bestias cuya sangre ardiendo y triste-triste, asciende a ellos desde las entrañas del globo, y cuyo ser poliédrico, múltiple, simultáneo está en los quinientos horizontes geográficos; florecen gozosos, redondos, sonoros en octubre, dan frutos rurales a principios de mayo o junio o a fines de agosto, maduran todo el año y desde nunca a desde nunca; anarquistas, estridentes, impávidos, crean un individuo y una gigante realidad nueva, algo que antes,

antes algo que antes no estaba en la tierra, prolongan mi anatomía terrible hacia lo absoluto, aun existiendo independientemente; ¡tocad su cuerpo, tocad su cuerpo y os ensangrentaréis los dedos miserables! ...

Ariel y Calibán, Grecia, Egipto, Roma, el país judío y Chile, las polvosas naciones prehistóricas, Jesús de Nazareth, los cielos, las montañas, el mar y los hombres más hombres, las oceánicas multitudes, ciudades, campos, talleres, usinas, árboles, flores, sepulcros, sanatorios, hospicios u hospitales, brutos de piel terrosa y lejano mirar, lleno de églogas, insectos y aves, pequeñas, armoniosas mujeres pálidas, el cosmos idiota, maravilloso, maravilloso, maravilloso, orienta mis palabras, y rodará sonando eternamente, como el viejo del viejo, nidal en donde anidan todos los gorjeos del mundo! ...

COSMOGONIA

1922 - 1927

CIRCULO

Ayer jugaba el mundo como un gato en tu falda;
hoy te lame las finas botitas de paloma;
tienes el corazón poblado de cigarras,
y un parecido a muertas vihuelas desveladas,
gran melancólica.

Posiblemente quepa todo el mar en tus ojos
y quepa todo el sol en tu actitud de acuario;
como un perro amarillo te siguen los otoños,
y, ceñida de dioses fluviales y astronómicos,
eres la eternidad en la gota de espanto.

Tu ilusión se parece a una ciudad antigua,
a las caobas llenas de aroma entristecido,
a las piedras eternas y a las niñas heridas;
un pájaro de agosto se ahoga en tus pupilas,
y, como un traje oscuro, se te cae el delirio.

Seria como una espada, tienes la gran dulzura
de los viejos y tiernos sonetos del crepúsculo;
tu dignidad pueril arde como las frutas;
tus cantos se parecen a una gran jarra oscura
que se volcase arriba del ideal del mundo.

Tal como las semillas, te desgarraste en hijos,
y, lo mismo que un sueño que se multiplicara,
la carne dolorosa se te llenó de niños;
mujercita de invierno, nublada de suspiros,
la tristeza del sexo te muerde la palabra.

Todo el siglo te envuelve como una echarpe de oro;
y, desde la verdad lluviosa de mi enigma,

entonas la tonada de los últimos novios;
tu arrobamiento errante canta en los matrimonios,
cual una alondra de humo, con las alas ardidas.

Enterrada en los cubos sellados de la angustia,
como Dios en la negra botella de los cielos,
nieta de hombres, nacida en pueblos de locura,
a tu gran flor herida la acuestas en mi angustia,
debajo de mis sienes aradas de silencio.

Asocio tu figura a las hembras hebreas,
y te veo, mordida de aceites y ciudades,
escribir la amargura de las tierras morenas
en la táctica azul de la gran danza horrenda
con la cuchilla rosa del pie inabordable.

Niña de las historias melancólicas, niña,
niña de las novelas, niña de las tonadas,
tienes un gesto inmóvil de estampa de provincia
en el agua de asombro de la cara perdida
y en los serios cabellos goteados de dramas.

Estás sobre mi vida de piedra y hierro ardiente,
como la eternidad encima de los muertos,
recuerdo que viniste y has existido siempre,
mujer, mi mujer mía, conjunto de mujeres,
toda la especie humana se lamenta en tus huesos.

Llenas la tierra entera, como un viento rodante,
y tus cabellos huelen a tonada oceánica;
naranja de los pueblos terrosos y joviales,
tienes la soledad llena de soledades,
y tu corazón tiene la forma de una lágrima.

Semejante a un rebaño de nubes, arrastrando
la cola inmensa y turbia de lo desconocido
tu alma enorme rebasa tus hechos y tus cantos,
y es lo mismo que un viento terrible y milenario
encadenado a una matita de suspiros.

Te pareces a esas cántaras populares,
tan graciosas y tan modestas de costumbres;
tu aristocracia inmóvil huele a yuyos rurales,
muchacha del país, florida de velámenes,
y la greda morena, triste de aves azules.

Derivas de mineros y de conquistadores,
ancha y violenta gente llevó tu sangre extraña,
y tu abuelo, Domingo Sánderson fue un HOMBRE;
yo los miro y los veo cruzando el horizonte
con tu actitud futura encima de la espalda.

Eres la permanencia de las cosas profundas
y la amada geografía llenando el Occidente;
tus labios y tus pechos son un panal de angustia,
y tu vientre maduro es un racimo de uvas
colgado del parrón colosal de la muerte.

Ay, amiga, mi amiga, tan amiga mi amiga,
cariñosa, lo mismo que el pan del hombre pobre;
naciste tú llorando y sollozó la vida;
yo te comparo a una cadena de fatigas
hecha para amarrar estrellas en desorden.

CANCION DE LAS TIERRAS CHILENAS

Claros los astros de diamante,
dolorosa la tierra arada,
y el mar como un árbol sonante,
o lo mismo que un gran cantante
parado encima de la nada.

Un cinturón de cordilleras
le ciñe los huesos profundos;
cabellera de sementeras,
y el cielo como una bandera
clavada en la proa del mundo.

Murmuran los vinos violentos
en las tinajas del pasado;
el sur le azota con los vientos;
su sol es como un monumento
al "rotaje" crucificado.

Viejo de pueblos y vihuelas,
oloroso a naranjas rubias,
ingenuo como las escuelas,
con inviernos llenos de abuelas
y grandes ladridos de lluvias.

Los caminos aventureros
cruzan la cara del paisaje,
cual una hilera de viajeros;
el canto de los carreteros
es como un carro de forraje.

Ceñido de gentes valientes,
la majada clara y madura
levanta sus cantos hirvientes;
cien soles frutales y ardientes
alimentan la agricultura.

Y anchas ciudades al concreto
en la pollera de los ríos;
allá un boldo como un soneto,
o un peumo como un toro inquieto
hacia las vacas del vacío.

Ferrocarriles y guitarras
trenzados sobre el campo inmóvil
a la orilla de las cigarras;
y el gesto animal de las parras
cayendo sobre el automóvil.

Va la hembra chilena vistiendo
refajos de melancolía;
flor de cordura y sangre ardiendo,
el cielo la viene siguiendo
desde el otro lado del día.

Puñaladas y valdivianos,
toronjiles y damajuanas,
y la cueca tremenda, hermanos;
los jaguares americanos
bramando sobre la mañana.

U

1927

Soy el hombre casado, yo soy el hombre casado que inventó el
[matrimonio;
varón antiguo y egregio, ceñido de catástrofes, lúgubre;
hace mil años, mil años hace que no duermo cuidando los chiquillos
[y las estrellas desveladas;
por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.

Dromedario, polvoroso dromedario,
gran animal andariego y amarillo de verdades crepusculares,
voy trotando con mi montura de amores tristes...

Alta y ancha rebota la vida tremenda
sobre mi enorme lomo de toro;

el pájaro con tongo de lo cotidiano se sonríe de mis guitarras ten-
[taculares y absortas;
acostumbrado a criar hijos y cantos en la montaña,
degüello los sarcasmos del ave terrible con mis cuchillos inexistentes,
y continuo mis grandes estatuas de llanto;
los pueblos futuros aplauden la vieja chaqueta de verdugo de mis
[tonadas.

Comparo mi corazón al preceptor de la escuela del barrio,
y papiroteo en las tumbas usadas
la canción obscura de aquel que tiene deberes y obligaciones con
lo infinito.

Además van a orillas mías los difuntos precipitados de ahora y sus
[andróginos en aceite;
los domino con la mirada muerta de mi corbata,
y mi actitud continúa encendiendo las lámparas despavoridas.

BUENO ES QUE EL HOMBRE AGUANTE, LE DIGO

"Bueno es que el hombre aguante", le digo,
así le digo al esqueleto cuando se me anda quedando atrás, refun-
[fuñando,
y le pego un puntapié en las costillas.

Frecuentemente voy a comprar avellanas o aceitunas al cementerio,
voy con todos los mocosos, bien alegre,
como un fabricante de enfermedades que se hiciese vendedor de
[rosas;
a veces encuentro a la muerte meando detrás de la esquina,
o a una estrella virgen con todos los pechos desnudos.

Mis dolores acuartelados
tienen un ardor tropical de orangutanes;
poeta del Occidente,
tengo los nervios mugrientos de fábricas y de máquinas,
las dactilógrafas de la actividad me desparraman la cara trizada de
[abatimiento,
y las ciudades enloquecieron mi tristeza
con la figura trepidante y estridente del automóvil:
civiles y municipales,
mis pantalones continúan la raya quebrada del siglo;
semejante a una inmensa oficina de notario,
poblada de aburrimiento,
la tinaja ciega de la voluntad llena de moscas.

Un muerto errante llora debajo de mis canciones deshabitadas.

Y un pájaro de pólvora
canta en mis manos tremendas y honorables, lo mismo que el per-
[manganato,
la vieja tonada de la gallina de los huevos azules.

E C U A C I O N

(CANTO DE LA FORMULA ESTETICA)

1927 - 1929

1

Al poema, como al candado, es menester echarle llave; al poema, como a la flor, o a la mujer, o a la actitud, que es la entrada del hombre; al poema, como al sexo, o al cielo.

2

Que nunca el canto se parezca a nada, ni a un hombre, ni a un alma, ni a un canto.

3

No es posible hacer el himno vivo con dolores muertos, con verdades muertas, con deberes muertos, con amargo llanto humano; acciones de hombres, no, trasmutaciones; que el poema devenga ser, acción, voluntad, organismo, virtudes y vicios, que constituya, que determine, que establezca su atmósfera, su atmósfera y la gran costumbre del gesto, juicio del acto; dejar al animal nuevo la ley que él cree, que él es, que él invente; asesinemos la amargura y aun la alegría, y ojalá el poema se ría solo, sin recuerdos, ojalá sin instintos.

4

¿Qué canta el canto? Nada. El canto canta, el canto canta, no como el pájaro, sino como el canto del pájaro.

5

Seguramente, arden grandes mares rojos, y un sol de piedra, negro, por ejemplo, hincha la soledad astronómica con su enorme fruto duro, tal vez la tierra es un gran cristal triangular, otra vida y otro

tiempo gravitan; crecen, demuestran su presencia, atornillados a la arquitectura que canta su orden inaudito.

6

Cojo un tomate, adquiero la vieja moneda del otoño, tomo un cinema, voy organizando aquel beso y aquel verso que anidó en aquellas pestañas inmensas.

7

Si un volumen, únicamente, un volumen agranda o empequeñece la astronomía del poema, incendiad el poema, no el volumen, degollad el poema porque no aguantó el desorden necesario a la colosal aritmética de lo pitagórico, lo geométrico, lo matemático, lo filosófico —en el teorema expresivo-inexpresable—; ¿sobre la forma?, ¿una forma?, ¿una ley?, ¿una voz?, ¿una luz?, ¿un régimen o un vértice?, ¿un ritmo índice adentro de la libertad numérica del arte?, incendiad el poema, degollad el poema; el porvenir del canto, su destino innumerable y único, exige que giren todos los elementos épicos alrededor de su eje astronómico, amarrándose a esa justicia, a esa presencia, a esa cordura que es el poema, el porvenir del canto, su destino innumerable y único, exige que giren todos los elementos épicos alrededor de su eje astronómico, amarrándose a esa justicia, a esa presencia, a esa cordura que deviene lo absoluto, límite del límite, arte, lo exacto, lo exactísimo, arte, lo dinámico-trágico e inmóvil.

8

¿Edificio de intuiciones? Edificio de imágenes, sí, edificio de imágenes, que son productos químicamente puros del no-consciente.

9

Arte de cristales electromagnéticos, ultravioletas, extrarradiales, supravitales, equilibrio de volúmenes ingravidos e impávidos, libre juego de formas libres, como formas, exclusivamente como formas, pero sometidas a la gran esclavitud del canto, a la gravitación lírica, que es la gravitación cósmica.

10

Escoged un material cualquiera, sí, un material cualquiera; no obstante, un material cualquiera determina la biología del poeta, la diagnóstica; escoger un material cualquiera, como quien escoge estrellas entre gusanos...

11

Porque hay un material auténtico, como la aceituna del soltero, la empanada del casado, o lo mismo que el vino del día lluvioso, que es la guitarra del calendario, y un material de estafa, de escarnio, que se parece a las locomotoras en el templo, al militar que seduce garzas claras con la espada, gimiendo hacia adentro aquellas violetas enfermas de tiempo y pianos sin aureola, a la higuera que produce lirios.

12

Pero se trabaja exactamente con barro y con sueño...

13

Sólo que la alegría de la golondrina depende de la primera gota de agua...

14

Cuando Dios estaba aún azul adentro del hombre...

15

Es menester hacer océanos, no fotografiando océanos, no, es menester hacer océanos con el rumor del calzón femenino, con esos recuerdos de tamaño azul-azul, con el enorme elemento de agua que canta en la garganta de los niños chiquitos y en la línea agrícola, y aun con la gran ola oscura de aquel dios jodido de adentro; es menester hacer, poder hacer una niña de pueblo con una violeta y una aceituna y una tonada; es menester hacer la ciudad imperial de hoy con la trepidación de la gramática, aquella cosa inmensa y mecánica, dinámica, difícil, que es, ¡por Dios!, el lenguaje colocándose.

16

Que el poema haga reír y haga llorar como una mujer rubia o un hermoso caballo.

17

Y, además, que se ría solo y lllore solo, y lllore solo como la más morena de las colegialas, sacándose la camisa.

18

El canto, como el sueño, ha de estar cruzado de larvas.

19

El canto, como el mundo.

20

El canto, como el genio, ha de crear atmósfera, temperatura, medida del universo, ambiente, luz, que irradie de soles personales.

21

Medio a medio de la poesía, Tú, lo mismo que el sexo, medio a medio.

22

Ahora, la ronca noche, galopando entre laureles de fuego, determina aquel gran diapasón del siglo...

23

Y un yo dormido lo calcula.....

ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS

1929

BANDERA DE LUTO

Aquí, en este vértice, Tomás, hago un abismo, trazo un vacío imponente, paro mi vida.

Aun escucho crujir la naturaleza y el corazón de tu madre, aun veo el sonido de mundo, de tiempo que se derrumba, de sol, de mar, de luz partida de la última gota de aceite alcanforado, aun siento que la pequeña lengua lame la eternidad ensangrentada.

Oloroso y campesino de estatura, alegre como los ganados.

Ahora te come la tierra, más glotona que tú, hijo mío, niño mío, Tomás, y yo te lloro.

Eras muy hombre, Tomás.

Minero, soldado, marino, explorador, se quebraron los vientos de la muerte en tu frente de dos años, y era como una gran tempestad, arrasando pinares de noche, tu actitud agonizante.

Morías como un héroe del absoluto.

Fuerte, libre, gloriosamente cósmico, el dramatismo te agrandaba las entrañas.

Hoy, aroma de albahacas de Chile tu memoria.

¡Oh! amigo mío, Tomás, bebo mi jarra de espanto a la salud de tu alma, y te consagro "*Raimundo*", a quien tú, TOMAS DE ROKHA, entristeciste "*por los siglos de los siglos*", con tu alegría incalculable.

EL CANTO DE HOY

1930 - 1932

MITOLOGIA A LA MUJER EMBARAZADA

A tu bosque de soles, a tu gran archipiélago de sangre clamante y blancos, rojos, negros números, a tu drama de pájaros cósmicos, el material azul destino.

Desde mi angustia exacta, categórica, humana, enarbolando llaves de noche, como grandes palos de locura, en altas islas, en anchas olas, aterrados, la especie saluda la especie, su dirección de esmeralda, de amarilla azucena, de horrorosa escritura, trabajando por adentro de sus túneles de rubíes resplandecientes, aquella tu belleza de flor madura, expresándose en rosales preponderantes, mi dulce amiga, desde mi angustia exacta, categórica, humana, en valores patético-dramáticos tallada, como un libro de piedra.

Son tus felices lunas de niña, resonando de grandes árboles, el paisaje de lilas tibias y la escolar casita, toda sola, en añiles cielos de moneda, tierras de oro, ríos de guitarra, estatuida; es la señorita de la cabellera enlutada, quien se recoge a tus entrañas; son los océanos y los anónimos laureles atlánticos, que imploran hecho y sueño en tu presencia de son ultramarino.

Naranjas de cristal social, tus colores de cárcel fragante, en cadena de leyenda formulada, decoran, y unos metales blancos dan sobra a tu cabeza tierna, entre sus frutos; el tiempo se detiene a lamerte con su actitud de perro deshojado; desde muy adentro de tu estirpe, canta el mundo la historia humana, encadenando pechos de tórtolas de fuego a aquella situación pitagórica que se parece a una encima azul y sin tamaño: dos ríos de cosa inmóvil, por láminas de lágrimas constituidos, circulan tus sollozos de geografía; un Dios florido, como un número, pulsa tu ánimo, haciendo proverbios de países o de ciudades o de naciones de humo con los "nomeolvides" humanos que deshoja tu cotidiano; pie de pinares europeos; y un aroma a palabra entristecida emprende un vuelo boreal desde tus nidos.

Caballos de azabache galopan tu juventud ahora; tú vas montada, egregiamente, y tu ideal besa el estribo, contra los sonoros crepúsculos



Don Ignacio Díaz y doña Laura Loyola

"Eras tú, Ignacio, el hombre de la mirada verde, de planta y agua, y mandíbula de carnívoro, y tú Laura, la novia marina que nos robamos a la grupa del estupendo alazán novelesco, digno y alto y puro en su galope, y los dos, un nido de águilas.

Si en los lluviosos años cantáis aquella gran tonada de los muertos, yo os escribo en la historia humana".

y la paz guerrera del occidente; arde un verano de trigales durante tu mirada.

Echado a tus riberas, huelo a trigo, morena amiga, a buey asado en los desiertos, a piel mojada, a estrella aventurera entre esqueletos azotados; escribo al idólatra antiguo, así, preñada, así, madura y redonda como un mundo; arden montañas grandes a tus pies, y una gran pelea de leones, con rugidos sacratísimos tu religión saluda, entre tus mares de gigantes, moviendo los soberbios sueños de la pequeña hembra con sonido volcánico de historia; tú y tu gato celeste ocupan todo el tiempo sin suceder; desde los lagos eternos te hablan las fuerzas altas, en anchas jerarquías definiéndose, poderosas y ataviadas de instinto.

Trabajados por años humanos, tienes la edad preciosa de lo infinito, niña, madre de dolores, y nuestro amor serio es tremendo de anarquía.

Soplan las formas tu hálito de llama santa hacia nosotros, como al azotar piedras la grandeza, como si nos opusiéramos a la tempestad matemática con hecho eterno, como si todo nos desconociese, estando adentro echado, en actitud de mito que anhela arte y orden, furiosamente.

Apretados contra la nada, hacemos hijos llorando en la alegría tremenda.

Mi soledad te cuida como un perro un nido; tu actitud echa a volar un pájaro amarillo por el callejón del otoño y él retorna con las alitas heladas; pero los leños arden de verdades; golpea las puertas el sol poniente con su bastón de canción tronchada y los troncos pálidos se conducen lo mismo que difuntos; una gran música de ánimas viene; agobia las hojas delirantes la flor de tu corazón y yo comprendo tu cabecita de poesía; es ahora la guerra de bronce enorme.

Un porvenir agrícola, sin embargo, difunde tu inocencia religiosa de espíritu y una dual laguna.

Estrellada como un cielo, tu cabeza, tan digna es, que canta; hija de Dios, la abeja asalariada te extrae miel del pecho y, jugo puro, tu claridad se defiende resplandeciendo; un musgo colosal de lunas muertas se te hizo ceniza divina.

Y la gloria reposa en tu perfección de lágrima.

J E S U C R I S T O

1 9 3 0 - 1 9 3 3

CADENA DEL PRETERITO

Desde muy adentro y muy abajo de la existencia, padres, allí donde están revueltos los primeros elementos y grita el radio del barro de "Dios" su victoria, de ese presente cósmico, me arrebatásteis hacia las provincias.

Niños de España, cristianos, en Castilla y Vasconia ardió la vuestra humana sangre, su cantidad numerosa y trascendente, de imagen épica.

Eras tú, Ignacio, el hombre de la mirada verde, de planta y agua, y mandíbula de carnívoro, y tú, Laura, la novia marina que nos robamos a la grupa del estupendo alazán novelesco, digno y alto y puro en su galope, y los dos, un nido de águilas.

Si en los lluviosos años cantáis aquella gran tonada de los muertos, yo os escribo en la historia humana.

Jóvenes, de flores crecidos y familia, la vieja estampa superasteis, viviendo con acento eterno de multiplicación heroica y océano, y, junto con vosotros, divisé el primer cielo del mundo.

P A B L O

H E A H I A L H O M B R E

Afirmaríamos que la verdad nació y crecía en Jesucristo, y es mentira; él era el funcionamiento de la verdad; la verdad era su ecuación, su actitud, su devenir matemático, la verdad era la hechura de su espíritu, la verdad, toda la verdad existía, porque existía su sistema psicológico; no habría podido dejar de ser la verdad, no habría podido; he ahí, entonces, la más gran tristeza, la más gran desgracia, lo divino, es decir, un incendio inacabable de la materia; ser la verdad no es poseer la verdad, ser la verdad es verificarla, sustantivarla; Jesucristo era la verdad, ¿era limitado en lo ilimitado?, era limitado

en lo ilimitado de lo ilimitado de lo ilimitado; ser, es límite; y existir, dolor de las murallas ilimitadas; pequeño de grandeza.

Era un hombre, era un hombre alto y ancho e imponente, como un toro, y, parecía fino, transparente, puro, porque el espíritu no tiene tamaño; buen comedor, buen bebedor, alegre y enamorado, buen vividor, amaba los lagares y las mujeres, con amor velludo y rotundo, y no vivía para los lagares y las mujeres, vivía para ese sol abstracto, para esa luz química y metafísica, que corresponde a esa esencia de infinito, que emerge, soberbiamente, de los lagares y las mujeres, como la voz de Dios, entre los pueblos; asoleado tenía el cuero del cuerpo, como grano de avena, porque los vientos salados del océano lo habían columpiado y azotado con sus grandes látigos, y el aire terrible de las montañas lo había acuchillado, y era transparente y cristalino, porque la divinidad le ardía, traspasándolo; las prostitutas y los vagabundos lo entendieron, y lo entendieron el humilde y el agreste y el errante y el pisoteado, porque él hablaba lo categórico humano a lo categórico humano, y el hombre es hombre hombre, y la mujer mujer en la unidad innata y en la unidad recuperada, en la experiencia tremenda del barro, sangre de la tierra, sangre de la vida; Jesucristo era lo que no se mide, era lo que no se vende, era lo que no se sabe, el ser cósmico, y eso buscaba, el ser cósmico, detrás de la presencia aventurera.

Su actitud no venía, completamente, de su garganta o de sus entrañas, como el Dios de los océanos, no, venía de los trigales y los panales y los rosales y los viñedos galileos, venía de la esmeralda sonora del Tiberíades, venía de los caminos enarbolados de dulces sicómoros tristes, y un sol cuadrado.

Una mano dura, caída del infinito, mano de muerto o de mundo, cargada de tiempo, estaba sobre él; era un peligro y un concepto de otros mundos, acorralando la cristalina persona, acorralando su condición de álgebra cándida, de gran aritmética, algo como ceniza ardida, algo como materia inmensa, como pavor, como dolor, como terror, sin alaridos, sin conciencia, sin historia algo que es terrible, porque no existe, y es terrible, algo pavoroso y extranjero, como la flor de los mil años, al pie de la muralla de los mil años, negra, algo de llama inmóvil y universo; adentro, vivía, adentro de ese terrible elemento, que hace un ruido enorme y no se oye, cuando hace un ruido enorme; sonreía y daba espanto, pues sonreía que sonreía que sonreía, y la sonrisa iba a terminar en aquel círculo de formas inefables, pero estridentes, admirables, pero estridentes,

indescriptibles, que era él, y que era semejante a un esqueleto abrazado a una mujer desnuda, sonreía y uno pensaba en la muerte, sonreía y uno pensaba en los astros judíos, ensangrentándose contra la idolatría en las montañas encadenadas a Jehová, en aquella mar hebrea, a cuya negrura de petróleo convergía toda la congoja de los iconos pisoteados, en el abismo estricto del alma, en aquello que arde y aúlla y hierve, a la espalda de los sacerdotes malvados, sonreía, y emergían, de adentro, todas las cosas fundamentales; comparémoslo a un problema, a un axioma, a un esquema de lo heterogéneo, rodeándolo, a una figura de sentido disperso y elemental, con grito de niño.

M O I S E S

1 9 3 7

“Contra los agoreros y los adivinos y los hechiceros, los mágicos,
los jureros falsos, los que hablaron en los sueños con los muertos,
contra quien se ayunte a bestia,
contra el que comiere sangre de buitre y camello, cerdo, conejo o
[águila,
contra el pederasta y el incestuoso y el onanista,
contra el gran idólatra, subversivo y estupendo, inventor del orden
[del hombre revolucionario,
apedreadura de la opinión pública”;
después, ascendió Moisés, frente a frente de Jericó, a la montaña
[de Nebo,
y Jehová le mostró Galaad, hasta Dan, todas las tierras,
y las tierras inmensas de Neftalí y las tierras inmensas de Manasés
y las tierras inmensas de Ephraim, y Judá y las vegas soberbias de
[Jericó y Soar...
y díjole: “He ahí el país que prometí a Abraham, míralo”;
entonces lloró y murió, fue llorado, y lo enterraron en Bethpeor,
[la tierra extraña,
y lo lloraron,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,
y nadie, nunca, vio su sepulcro,
y lo lloraron, con llanto amargo de cítaras y cantigas funerales,
y lo lloraron, a Moisés, años de años de años,
porque tenía ciento veinte años y estaba fuerte y triste y grande,
y tenía oro en la mirada y la palabra,
echando espanto, y no se levantó profeta, de varón y mujer nacido,
[tremendamente,
a la manera de Moisés, por los siglos de los siglos.

CARTA MAGNA DE AMERICA

1941 - 1948

I

RETRATO FURIOSO

Como un ataúd que volara y cruzara el gran océano desde para
 [siempre,
 mi poema no tiene edad ni dimensión, existe a la manera inmortal
 [del universo
 y sus catástrofes, no tuvo principio ni fin, aunque de origen
 piojoso e hidalgo español con indio adentro
 y va cargado con la voluntad del mundo, con el mundo en las alforjas,
 edificando con los anhelos de la época la estatua de la época y
 [llorando
 los llantos tronchados y acumulados de las criaturas en un escrito
 lleno de huevos de toro
 exactamente que hablasen los vivos y los muertos cuando yo hablo.

Soy un explotado social expresando en la metáfora contemporánea
 del explotado social expresado y popular
 toda la cadena social de los encadenados sociales y su heráldica dego-
 lladamente dramática, con pelo crecido de muerte rugiente e in-
 consolable,
 explotado entre explotados, desde los subterráneos épicos de la
 [mocedad
 y mi libertad de existir está condicionada por mi posibilidad de
 [encontrar
 la verdad del trabajo mundial
 como un potro amarrado a una palabra en la flor de las botellas.

Heroicamente vivimos y queremos y creamos,
 asoma la pelada vejez su gran hoja de invierno total, pariendo entre
 [la lluvia
 inmensa de los cincuenta años su antigua paloma podrida,
 como una gran flor en la cicatriz del pretérito somos los solos defini-
 [tivos,

y aunque tú eres eterna como el mundo, el anecdotario social cuelga la
hilacha vital de un siglo poniente en nuestra gran figura y
está llorando en nosotros,
gente pobre vestida de pobre gente, pero polvosa y aterradora como
la pólvora o un azahar en el traje de novios de los antiguos
[muertos,
poetas conscientemente marxistas, creadores de vocabularios que
[retratan la
historia y se retratan en su corriente de alcohol enorme y que-
brado que va a naufragar a la mar oscura de un complejo,
pequeñoburgueses que devienen héroes y se derrumban como mura-
[llas o
cuenecas de viejas calaveras en el huevo de hueso de "Dios"...

EPOPEYA DE LAS COMIDAS • LAS BEBIDAS DE CHILE

(ENSUEÑO DEL INFIERNO)

Hermoso como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas
de entre perdices,
la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora
más preciosa, lo más precioso que existe, para embarcarse en un
curanto bien servido,
el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento,
como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cochayuyos
de oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por el jugo
de limón otoñal de los siglos,
o como la olorosa empanada colchagüina, que agranda de caldo la
garganta y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor de durazno.

Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, pican-
tísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo
o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del
atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes,

o de la guañaca en caldo de ganso, completamente talquino o lican-
tenino de parentela?,
no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye "el
Martirio", en las laderas aconcagüinas, y la lisa frita en el Maule,
en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completa-
mente rico del río, enriquecido en la lancha maulina, mientras
las niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño a "lo hu-
mano" y a "lo divino", en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos cebados, que huelen a verano y son otoños de nogal o de
castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago
los beso,
como a las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda
de Curicó levantándose los vestidos debajo del manzano parroquial,
de la misma manera
que a la ramada con quinchas de chilcas en donde tomamos en cacho
labrado el aguardiente de substancia,
o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos so-
llozando a los océanos tremendos de la noche, a cuya negrura
horriblemente tenaz converge el copihue de sangre,
o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente
cantando.

El vino de Pocoa es enorme y oscuro en el atardecer de la República
y cuando está del corazón adentro el recuerdo
y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como
el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los reman-
sos o contra la gritería roja de la espuma.

La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca
sagrada
y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla,
en los caminos ensangrentados de abril, la guitarra
del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado,
y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y
debimos y quisimos hacer, como un loco
asomado a la noria vacía de la aldea,
mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la
ancha ráfaga del crepúsculo,
que se derrumba como un recuerdo en un abismo.

Relumbra la montura en Curicó, del mar a la montaña, resonando
como una gran carreta de trigo, resonando
como el corredor en vacas o el trillador o el que persigue a una
térnera borneando la lazada
encima de la carcajada, chorreada de sol de la faena, en la cual la
bosta aroma como un dios los estercoleros domésticos, con huevos
inmensos de viuda.

Una poderosa casa de adobe con patio cuadrado, con naranjos, con
corredor oloroso a edad remota,
y en donde la destiladera, canta, gota a gota, el sentido de la eter-
nidad en el agua, rememorando los antepasados con su trémulo
péndulo de cementerio,
existe, lo mismo en Pencahue que en Villa Alegre o Parral, o Iloca o
Putú, aunque es la aldea grande de Vichuquén la que se enorgullece,
como de la batea o la callana, del solar español, cordillerano, de
toda la costa, y son las casas-tonadas
del colchagüino y el curicano, quienes la expresan en lengua tan
inmensa, comiendo arrollado chileno.

Porque, si es preciso el hartarse con longaniza chillaneja antes de
morirse, en día lluvioso, acariciada con vino áspero, de Quirihue
o Coihueco, en arpa, guitarra y acordeón bañándose, dando terri-
bles saltos a carcajadas,
también lo es saborear la prieta tuncana en agosto, cuando los
chanchos parecen obispos, y los obispos parecen chanchos o hipo-
pótamos, y bajar la comida con unos traguitos de guindado,
sí... en Gualleco las pancutras se parecen a las señoritas del lugar:
son acinturadas y tienen los ojos dormidos, pues, cosquillosas y
regalonas, quitan la carita para dejarse besar en la boca, in-
terminablemente.

Y la empanadita fritita, picantoncita y la sopaipilla, que en tocino
ardiente gimieron, se bendice entre trago y trago, al pie de los
pellines del Bío-Bío, en los que se enrolla el trueno con anchos
látigos,
pero nunca la iguala a la paloma torcaz, paladeada en los rastrojos
de julio, en la humedad incondicional de tal época, entre fogatas
y tortillas, tomando en la bota de cazador esos enormes vinos que

huelen a pólvora y a amistad o al zorzal tamaño del viñedo,
 que es el puñal agrario del lamento,
 cazado entre los pámpanos santos, como un ladrón del vecindario
 campesino y al cual se cuece en mostos blancos,
 ni el causeo de patitas, que debe comerse en Rancagua, no después
 de beber bastante chacolí con naranjas amargas, sino tomando
 vino de Linderos.

Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia,
 y está dorado y precioso como un potro percherón o una her-
 mosa teta de monja que parece novia,
 comienza el poema de la saturación espiritual del humo y así como la
 olorosa aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible
 saborear los pavos borrachos con apio y bien cebados y regados
 con cien botellas, la olorosa aceituna de Aconcagua, se macera
 en salmuera de las salinas de Curicó, únicamente, la carne sabrosa
 de los bucaneros y la piratería se ahuma con humo, pero con
 humo de ulmo en la Frontera y surgen pichangas y guantadas.

En Vichuquén se condimenta un valdiviano tan picante que arrastra
 el trago muy largo y al cual, como a los porotos fiambres, se le
 aliña con limón y brotes de cebolla de invierno,
 todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de rescoldo y
 también las papas asadas y la castaña, como en Concepción, cuando
 se produce sopa de choros, o en Santiago chunchules o cocimien-
 to del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros,
 absolutamente choros, choros crudos o asados en brasa y de peumo.

Sin embargo, no comamos la ostra en ese ambiente, en el que
 relumbran y descuellan los congrios-caldillos o flamea la bandera
 de un pipeño incomparable,
 comámosla en el gran restaurante metropolitano, con generoso y
 navegado ámbar viejo de las cepas abuelas del Maipo, comámosla
 lloviendo y brindando en el corazón de la lluvia,
 como si fuéramos a ser fusilados o ahorcados al amanecer en las
 trincheras.

Y en Constitución o Banco de Arenas el piure se tajea a cuchilladas,
 bañándolo en limones de la costa y vino blanco, tanto vino blanco
 como es blanco el vino blanco, mientras la presencia del pejerrey
 frito asoma su sol sangriento,

como polvoroso oro en campos de batalla.

Porque en Antilhue fructifica una longaniza tan exquisita como en Chillán, la longaniza que se comía en los solares de la gran ciudad funeral y fue como el toro de Miura: lo único, por lo cual yo prefiero adobado el lomo aliñado en Lautaro o Galvarino o Temuco, obteniéndolo con cerdo sureño, oceánico, y una gran cazuela de pavita en Lonquimay o el cordero lechón asado en brasas de horno, con digüeños agarrados en la gran montaña del copihual araucano, en Traiguén, en Nacimiento, en Mulchén, Angol y Los Angeles o a la misma orilla del río Vergara o en Cañete o en el ilustre golfo de Arauco, como, por ejemplo, en Lebu, y aun en el espinazo de epopeya de la Cordillera de Nahuelbuta.

¡Ah! felices quienes conocen lo que son caricias de mujer morena y lo que son rellenos de erizos de Tocopilla o charqui de guanaco de Vallenar o de Chañaral, paladeado en la sierra minera, entre mineros, conversando con los burros sagrados que forjaron la minería, en tanto dos cabritos de Illapel se divierten alegremente, en los olorosos rescoldos fabulosos del boldo de las banderas chilenas, gloriosos como gloriosos mostos.

Los huasos ladinos y remoladores de Doñigüe o Machalí o San Vicente de Tagua-Tagua comen asada la criadilla, con pellejo, medio a medio del rodeo de octubre, entre el quillay o el raulí florido de las "medias-lunas", estremecidas por el bramido nacional de las vacadas, estremecidas por el coraje de los jinetes rurales y el sol sonoro, y el ñachi lo toman caliente, bebiéndolo del degüello tremendo, como en los espantosos sacrificios religiosos de la fe arcaica, horrorosamente ensangrentada, con la naturaleza y la sangre como dioses.

Si se prefiere ganso con ajo y arvejitas, cómase en la provincia de Cautín, y el curanto en Chiloé y en Osorno o Puerto Montt o en Carahue, para la época santa de las Candelarias, en días nublados, indefectiblemente nublados, mientras tiritan las hojas caídas en el agua inmensa.

Cantando y tomando, los empleados públicos del lugar atraviesan sin afeitarse de una eternidad a otra eternidad, completamente de aguardiente atorados, en aquellos amarillos, inmensos catres de bronce que cubren el Valle Central de la República de nubes azules y angelitos, y el preceptor se toma su copa de tormento, exactamente en Pelequén, en Chimbarongo, en Tutuquén o en Curanilahue.

Dicen los curillincanos que nadie entiende cómo se asa la malaya al estandarte bañada en harina tostada y orégano, sino los curillincanos y aun los más baqueanos y acampados, pero los sanclementinos, si son Ramírez, les desmienten y agregan la molleja y el pecho de ternera con hartos abundantes tallos y vinagre y bajan la panzada con guarapón de Curtiduría y avellanas bien retostadas del Culenar maulino, Maule abajo o con queso asado, de aquel que huele a coironal cuyano o a "triste", cantado por arriero, allá por el "Resguardo de Las Lástimas", a lo cual contesta el viviente de Pichamán con medio ternero al rastrojo del alambique y el paisano de Tanguao o de Huinganes con chanchitos rellenos de perdices en la brasa primaria y elemental de los roces de mayo, que son como el rescoldo de los antepasados y los primeros incendios del mundo.

La chanfaina licantenina es guiso lacustre, mito de río y ribera, fluvial-oceánico y cordillerano, lugareño, aldeano, campesino, provinciano y como de iglesia, volcánico y dramático, y el caldillo de congrio, de escritas, de choros como la pancutra, son lancheros, hermanos de los valdivianos lancheros, que parece que tuviesen una gran gaviota nadando en el caldo sagrado y elemental del cochayuyo, más que el charquicán del alga yodada, la cual lo contiene, pero lo deprime, retostándolo.

El chicharrón de ubre, comido por los carrilanos y los ferroviarios, se hace presente enharinado, a la carrera, clandestinamente, en la chingana de la estación sureña, junto a los pollos cocidos, bien ardientes de ají cacho de cabra y pebre chileno,

a la orilla de la imponente pata de vaca con cebolla grande, sujeta a la relación de la tortilla, que recuerda los braseros y las castañas, entre la jaiva gordota del tren longitudinal y los huevos cocidos del viaje, y aquellos sabrosos causeos de lapas y conchas que nos ofrecen las bahías, frente a frente a la mar diversa de Laraquete, con olor a limón costino, a antigua casa de aldea con violetas, Winétt, a lluvia provincial cantando y llorando infinitamente, cuando nos hallamos completamente solitarios y trasnochados y la naranjada maliciosa nos exige lo más dramático y lo más romántico del océano en humilde plato de barro.

Si fuera posible, sirvámonos la empanada, bien caliente, bien caldúa, bien picante, debajo del parrón, sentados en enormes piedras, recordando y añorando lo copretérito y denigrando a los parientes, cacho a cacho de cabernet talquino, y la sopaipilla lloviendo, con poncho, completamente mojados, entre naranjas y violetas, acompañados del cura párroco y borrachos.

Será el chunchul trenzado, como cabellera de señorita, oloroso y confortable a la manera de un muslo de viuda, tierno como leche de virgen, lo cosecharemos de vaquilla o novillo o ternera joven, la cual, si estando enamorada ríe y come ruidosamente, elegid la melancólica, sirvámoslo con buendoso puré de papas, en mangas de camisa, por Renca o Lampa, acompañados de señoras condescendientes y mucho vino tinto, pero más de bastante y mucho, cuando ojalá se celebre el onomástico del carnicero o el santo del paco de la comuna y la niña de la casa os convida a que recitéis, como un cualquier maricón del "Pen Club", por ejemplo, pues entonces... cantad, cantad la canción nacional, proclamándoos por vosotros el Conquistador de la América del Sur, proclamándoos capitán de los corsarios americanos, proclamándoos antiguo y valeroso vikingo en jubilación hasta el alba, cuando los pájaros del amanecer cantan la lágrima romántico-dramática de la luna hundida,

no sabemos cómo nos ponemos el sombrero,
ni cómo se llamaba aquél del moscatel lagar ahogado.

Dichosos son quienes se comiesen de perniles calientes cinco o
más kilos,
medio a medio del invierno de San Felipe, si el invierno está tronado
y cruzado de relámpagos e inundaciones
y él posee una gran manta de Castilla,
con la cual abriga la guitarra y la bien amada Dama-Juana.

Y cómo flamea el pañuelo,
como la bandera soberbia de un gran barco al anochecer, si están bien
cabezonas las mistelas, si los huasos son huasos y no velas de
sebo, si arde el ponche y estalla la cueca
zapateando los entorchados, entre cielo y mundo,
el varón dibuja la escritura de la varonía fundamental de los rotos
chilenos, y la mujer fija la huida de la coquetería en los zapatos,
pues nos hemos venido a Pedegua a remojar la Cuaresma en chicha
del "Tránsito" de Paine
o andamos alegrándonos, en tomas, o haciendo
cantar la rodaja de las espuelas, o el tiento de oro de los lazos
trenzados en piel de guanaco de Las Condes,
encima del lomo de gallina de los futrecitos amatonados.

Con bota de potro o de cabro, apérese el jinete de charqui, aguar-
diente, queso y tortillas —jamás pollo, que es para el viajero y
no para el arriero—,
acondiciónese en previsiones de correones chillanejos el tachó y el
cacho laboreado, para la bebida, porque el hombre de pantalones
de hombre, viajando a caballo no tomará sino no vino ni tinto,
no, sino una gran cachada de guarapillejo ardiente
y no remuela, porque se enreda en las hilachas, sino
después de haber vestido el pantalón de bombilla, la chaqueta abo-
tonada con seis corridas de botones y el calzado
en punta de alfiler de los casamientos.

Como absolutamente todos los bautizos se celebran entre junio y
julio o agosto, y también los velorios y los santos y los casorios,
las remoliendas, en general, las tomateras, los esquinazos, malones,

cuchipandas y alharacas, así como todos los tontos se llaman
"Alone",
si Ud. se presenta malo del cuerpo, tómese una gran chupirca de
madrugada y frótese las manos de gusto,
cómase un ajiaco de sopaipillas y el trago no bébalo puro, bébalo
puro y con torrijas de naranja de la más agri-ácida que
encuentre, naturalmente en el naranjo más anciano de la aldea,
báñese en chacolí fuertón y corajudo
y váyase a echar esa última cana al aire mucho antes de que la
pelada le coloque la espalda contra la eternidad y el pecho frente
al cielo.

Sin embargo, con cuánto anciano y varonil entusiasmo, más o menos
deslenguado,
el rotito de Pelequén o Quivolgo agarra la "mona" del sábado por
tres semanas y un día, le pone bastante sobre los bienes en Curepto,
y se acuesta en un pajar cualquiera, roncando,
con el último pan de lágrimas en los bolsillos, soberanamente mu-
grientos en los que renunca el oro nacional cantara su tonada.

Cuando comienza la llovizna, hay vacas difuntas llorando en los
acantilados y braman las quebradas,
es riquísimo el mate con carne y de rescoldo bien tostadas,
porque cuando llueve a cántaros es frita la papa salada la que nos
impone su apetitoso régimen de aguardiente,
se platica la amistad nacional fumando aquellos cigarros
de los años pasados o antepasados, de provincia en provincia, en
nuestras hermosas casas, que hoy habitan la ortiga, la ratonería y
"el polvo del tiempo", o los políticos,
y aun se echan huevitos y papas a la ceniza,
enumerando a todos los difuntos familiares y al río con navíos del
lugar natal, forjado por cantos de gallos tremendamente, eter-
namente remotísimos.

Es natural un caldo de cabeza, aclarando los domingos de Val-
paraíso, sobre el Puerto brumosamente viejo.
Son el mapuche y el afroibero sanguinarios y religiosos los que
sepultan en nosotros nuestros enormes muertos, embriagándonos
en ritos feroces,
si la dolorosa borrachera funeraria deviene asesinato,

y en alcohol y sangre el chileno ahoga el complejo de inferioridad de los inmensos pueblos pequeños, y su enorme alegría tan desesperada y tremante.

Un trago de guindado de antaño sienta muy bien a quien emprende, de noche, una gran jornada a montura.

Cuando los arrasó la inundación y el huracán, a tempestad eléctrica oloroso, los azotó con palos de fuego, impiadosamente, los huasos costinos lagrimean el poroto con chorizos que su mujer distinguió en la vieja y de greda callana negra, entre el desastre y las pilchas llovidas, a los que alegró con infinitos y ardientes huevos tremendamente fritos y de gran cebolla brotes, comiéndolo con el puñal a la cintura y revólver de catástrofes, pero el huaso muy rico y muy bruto lo alinea con limón tronador, entre tinajas y bateas, desde el pecho de racimo polvoroso de la vendimia, y la caricia de las vendimiadoras le revienta uvas chilenas en la barba.

Si murieron, por ejemplo, sus relaciones y sus amistades de la infancia y Ud. retorna a la provincia despavorida y funeral, arrincónese, solo en lo solo, cómase un caldillo de papas, que es lo más triste que existe y da más soledad al alma, y beba vinillo, no vino, el vinillo doloroso y aterrado que le darán a los que van a fusilar los carceleros o el fraile infame que lo azotará con el crucifijo ensangrentado.

Como la más acrisolada trilla a yeguas florece en Linares, por Longaví, Colbún, San Javier, Yerbabuenas, Curanipe o Loncomilla, cuando los huasos chapados a la manera de antes, con arreos de plata y aperos de resonante correa formidable, trenzado en Pelarco, galopan por el callejón de las Diucas, levantando un cataclismo de polvo, están las bestias en la era y llega el patrón, don Acricio Montero, con la Rosita al anca y los guainas bien montados, y el rucio Caroca pega la primera guargüereada de ponche de culén golpeado y azotado, como es menester, deslumbran los choclos cocidos y la empanada está gritando caldo santo, ¡ay! yegua... a... las guitarras rompen el galope dionisiaco,

el cielo fragante a heno sonoro, ríe como gordito y gozoso a las
espigas pisoteadas, pues el mundo de enero es un antiguo rey de
España hecho con pueblo,
que resuena, bajo los cascos sagrados de los caballos y es día inmenso,
tráguese el pipiritiuque y no se atore.

“Para el rodeo”, aun quedará algún membrillo y la aloja traerá de
los soberados de invierno el verso del pueblo y sus acordeones
y el sueño del hueso de otrora
hacia los ciruelos, los duraznos, los almendros tremendamente floridos,
sin vergüenza ni medida,
por cuyo motivo a las vaquillas les picarán el sexo las abejas equivo-
cadas que capullos los creyeron y entrará el primer jinete y su
pareja repicando en piano de guano y bramidos,
porque la media-luna de arrayán, repleta como bandera de “rico” de
provincia o como desnudez de abadesa, canta lo mismo que una
gran campana...

Cuando está borracho el año, el otoño, los rastros, los aberros,
los porotos, la peonada, los patrones y los lagares,
comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos
agarrados al sol encima de los pechos, del vientre, de los muslos
de las muchachas, que habrán de estar de espaldas, con las piernas
abiertas, riéndose,
mientras resuellan las carretas, sonando cerro abajo
y un roto apalea a una patagua, creyéndola su mujer querida y
arriba de la gran ramada de quillayes o maitenes
grita un chorro de vino, que anda por bajo debajo de los subterrá-
neos, gritando tanto, grita, como un animal
muerto, grita mostrándole a la inmortalidad su verga de toro.

En Auquenco o Coihueco, si se prefiere, para las topeaduras del
Dieciocho, huelen a montaña las cocinerías,
y a sudor de caballo fuerte, pujan las bestias, anudándose
contra la vara de avellano, hinchadas las arterias, clavadas sobre
el gznate, en esfuerzo enormemente tremendo, acogotadas de
desesperación y águilas,
todos están tensos, dramáticos, acechando, rempujando, agarrando
el pecho de hierro de la batalla
hasta el instante estelar en el que un “potrillo” de chicha cruda,

baya, con panales, hirviente y rugiente como una hermosa hija de
león, corona
el guargüero de uno y sólo uno de los vencedores,
porque la bestia, de espuma y victoria aureolada, irá a mascar el
freno con los gañanes.

Hacia la rayuela del domingo van el Juez y el Alcalde,
el Cura, el Oficial Civil, el Gobernador, don Custodio, don José
Tomás, don Clorindo, don Anacleto, don Rosauero, las Peralta, las
Díaz, las Correa, las González, las Montero, las Ramírez, las
Pacheco, las Mardones y las Loyola,
porque la fritanga de la Carmen Chávez brilla, como un templo en
el crepúsculo de abril y Pancho Silva..., no, el chucho Letelier
("don Toribio"),
acaba de hacer la primera gran quemada del campeonato, fumando
y tomando (aunque la mayoría democrática y *radical de la comuna*
maneja el tejo como empina el codo) y levanta
el vozarrón de *los momentos definitivos*, como un puñal que tapease
el horizonte departamental o un panal sonoro como el lomo de un
"Mamocra",
o como las banderas de septiembre, estremeciendo la epopeya pro-
vinciana, el medio-pelo grandiosamente oratorio y jubilado de las
familias de fotografía de matrimonio y onomástico,
y un canto de gallo destaca la heroicidad civil de las guitarras,
superando los funcionarios.

Comamos choros asados a la orilla del brasero, si la tempestad des-
encadenada ruge arrastrando sus cadenas por los abismos cordi-
lleranos y en la gran mar oceánica o queso asado,
pero, con mucho cuidado de beber bastante blanco, del moscatel
blanco, en cacho, con la charrasca a la cintura,
contando cómo nos topamos con el diablo, en el Pajonal de Los
Canelos, cara a cara, entonces le descerrajamos tal guantada en el
hocico y la hediondez de azufre fue tan regrande en Colchagua
que los cuyanos estornudaron.

Cuando un cristiano de Rauco se muere, lo primero que debe hacer-
se es tomarse un taco bien largo del asoleado,
y enviar a la familia una gran cabeza de chancho para el velorio, ir

a visitar a los compadres del difunto e ir tomando y tomando por
el finado,
suspirar mirando las vigas penosas de la casa, tomando a la chilena
por la salud de la viuda y los niños, por los tiempos pasados y los
recuerdos más añejos que el *añejo*, por la comadre, tomando y
tomando por todos los muertos del lugar, añorándolos, entre trago y
trago.

El pejerrey-cauque del río Claro no es un pescado, es un imperio
de cuarenta o cincuenta o sesenta centímetros,
al cual sólo las truchas asadas de las "Chicocas", en Constitución, le
encuentran la rima,
por eso cantemos a don Tomás Marín de Poveda el himno colosal
de los comedores de pejerreyes fritos y bebamos a la memoria
del fundador de ciudades.

El farol del pequenero llora, por Carrión adentro, en Santiago, por
Olivos, por Recoleta, por Moteros y Maruri, derivando hacia las
Hornillas, y el guiso del río Mapocho
del trasnochador, les hace agua la boca a los borrachos,
picante y fragante a cebolla, chileno como la inmensa noche del
hombre tranquilo del Mercado, hombre del hombre,
y el pregón bornea la niebla mugrienta como una gran sábana negra.

Primero nos elaboramos una como olla en la tierra sangrada del
patio de los naranjos,
la recalentamos con fuego de peumo y piedras ardientes,
embelleciéndola con hojas de nalca como a una desnuda y feliz
muchacha a la cual cantando le echamos choros, perdices, locos,
cabezas de chancho, malayas de buey y ternera, patos, pavos,
gansos, longanizas, queso, criadillas, corvinas y sardinas, sellándola
y besándola como una tinaja de mosto, colocándole una gran
centolla en la boca
e invitando como aginaldo al curanto a la población de La Cisterna,
nos ponemos a tomar hasta las lágrimas y el "grande mucho lloro".

La bien llamada y dulce chupirca y el imperial e invernial gloriado,
cabezoncito y olorocito a huertas antiguas, o el madrugador *pipi-
ritiuque*,

cómo acuden a reconfortar las almas pálidas y acongojadas y aun
a resucitar muertos, auténticos y terribles muertos,
cuando el poeta se encuentra con amigos comerciantes en animales,
con toneleros, talabarteros, carniceros o profesores primarios com-
pletamente seguros del buen gacinate, allá por Angol adentro,
se han caído los puentes de los trenes por la lluvia tremenda
y uno se resigna a remojar la agalla toda la semana, antes de
cogerse un enfriamiento por heladas las entrañas.

Yo sostengo que la cazuela de ave requiere aquellas piezas soberbias
y asoleadas de los pueblos costinos,
el mantel ancho y blanco y la gran botella definitiva y redonda, que
se remonta a los tiempos copiosos de la abundancia familiar y
cuyo volumen,
como por otoños melancólicos ciñéndose, recuerda los cuarenta
embarazos de la señora.

Si tiene mucha pena y poca plata,
tómese una tal agüita de toronjil con aguardiente y abríguese como
un imbécil, porque ha de ser invierno,
o un vinito al vapor con limón en monedas,
pues también es muy rico el de substancia puro, tomado con ciga-
rros de hoja, paseándose por el corredor de los antepasados
y el con ruda o ajo o guindas o hinojo, sin dulce alguno, seco y
varonil como cacería de leones.

Echando sol por todos los poros del verano, sudando como caballo
galopado del mar a la cordillera, bramando
polvo de oro, remonta el pastel de choclos, a la chilena,
el cual se distingue distantemente cuando las primeras chichas y las
primeras hojas saludan a la primera prieta de abril con una gran
ostra marina.

Unicamente la Merceditas Arriagada, en mil leguas a la redonda,
es capaz de asar unos pollitos tiernos, con espárragos de azules
primaverales y moscatel rosado (en callampas),
y Juan Carrasco, de Til-Til, esos cabritos o esos chanchitos lechones
que se agrandan tanto
con el aullido invernal, acompañándose por la cebolla clandestina-

mente brotada y la aceituna reciente o ausente, "divinamente" saboreada,
cuando el gato de los tejados tocando su rabel mojado,
acalora a las señoritas en la cama, las cuales sollozan y suspiran
demasiado y bastante
en acariciándose la propia belleza.

Sí, desayunaos con café oscuro con huachucho, diciendo: "revuel-
tón anda el día, como que llueve y no llueve",
echadle un trago, como no mirando los nublados que el tiuque
deshilacha con relación a una flojera triste que Chile comprende
en ausentes lamentaciones,
después de haber estado rumiando y bramando.

Echada, medio a medio del verano, hinchada de enorme leche verde,
estará abierta la sandía, como guasa sin calzones,
a fin de que nosotros la comamos a la sombra de las pataguas de
Chimbarongo, con bastante de llallis gran harina,
mientras la yegua tordilla que montamos
pasta el poleo o la romaza picoteadas de pidenes y la perdiz silba a
la majestad solar, tocando
la guitarra de vidrio que le obsequió la lloica anciana,
y todo resuella, sudando y enarbolando espigas que relinchan y un
galope de potros o de toros, atruena
la olla cóncava en donde se cuecen gigantes humitas de cien hacien-
das.

Como la papa asada en el rescoldo del crimen del roce,
frita en grasa la pana y el valdiviano en fuego de bostas, adornado
de huevazos y camarones de abril, en los húmedos y plúmbeos
crepúsculos de Lagunillas o Ramadillas del Lircay nativo,
y el sanco en caldo de chanco, cebado con relámpagos.

Un vino caliente torna más heroica la madrugada de la remolienda,
afirma las cinchas,
y es como una gran fogata en las montañas americanas,
bebámoslo, nosotros los viejos, recordando las buenas monturas de
año, recordando los lazos trenzados, recordando los caballos que
montábamos cuando estábamos solteros y disparábamos
el nuestro revólver contra todas las cosas del mundo,

refocilándonos por encontrarnos bien aperados y siendo los buenos
jinetes de entonces...

Asada, la castaña da gran intimidad heroica a la chimena,
rememora las cacerías de torcazas y el grito del zorro del tiempo en
la quebrada acuchillada por la tempestad y es maravilloso
enternecerlas con aguardiente de la Recoleta Dominicana.

El chuncho de Hualañé invita al ponche y al mosto, a aquellos pi-
güelos soberbios de don Juan de Dios Alvarado,
en esa enorme chicha bautismal de doña Rosa Díaz, la tía del Mata-
quito, cuando, por el bolsón de Leandro bajaban las vacadas de
Ramoncito, bramando adentro de los truenos épicos con Ramoncito,
el tontorrón, a la cintura,
y Licantén estaba de barracas enarbolado por mucho lloviendo, a
la orilla del abismo del invierno, que se derrumba, tiempo y cielo
abajo, en enorme naufragio de espanto.

Y pite su pucho de hoja, paseándose,
cuando la ñieula arrastrá arrea su inmensa oveja negra
por el callejón de on Vicho.

Como los locros de ñocos con cochayuyo o mariscos traen entero
el mar adentro, como rugiendo solo,
es menester cuidarse del oleaje afirmándose en la color vertical de
Chile que los rotos heroicos tragan con moco y todo, entre
lágrimas muy pálidas y muy ácidas,
y el soldado grande chileno se refriega en las heridas,
para lo cual la persona está sentada principalmente en un espinoso del
Sur, quemado, pero con viento tremendo,
no tomando, sino bañándose en el buen chacolí de octubre, que
gritará lleno de banderas.

O coma fuego con fierro adentro, es decir, el ají que come el pobre,
cuando come, enyugándolo a la cebolla agusanada...

F U E G O N E G R O

1 9 5 1 - 1 9 5 3

Adentro de un arco de llanto, que ningún ser humano ya jamás mirará, yo, borracho, acuchillado, con la lengua quemada por el ancestro del mundo, y el grito inútil, como adentro del pellejo universal, te seguiré llamando: viejo, ruinoso, muerto, sin cabeza, sin corazón, sin pupilas, hundido en lo infinito del infinito, y en el hoyo tremendamente hondo de lo irreparabilísimo, que rodea la gran soledad catastrófica con que me va a saludar tu actitud deshecha cuando me acueste, cansado de estar cansado de cansancio, a todo lo largo y lo ancho de tus riberas irremediables, despedazado en la memoria de los siglos, contigo y los hijos y las hijas y los nietos y las nietas y los padres y las madres, y los padres de los padres y las madres de las madres y los padres de los padres de los padres, y las madres de las madres de las madres, te seguiré llamando; caídos los vestiglos y desaparecido, hundido y perdido definitivamente en las tinieblas de la materia que únicamente, álgidamente, hórridamente alumbra cuando engendra, como un eco, un individuo, en aquel instante inmemorable en que no he de ser ni una sombra de una sombra, te seguiré llamando, y te seguiré llamando por los siglos de los siglos de los siglos, desde la eternidad vacía, hacia la eternidad vacía, te seguiré llamando... aprendí a escribir adorándote, cantándote, idolatrándote, y hoy lanzo pedazos del mundo hecho pedazos, a tu memoria, tronchado y desde abajo, por adentro de un montón de escombros, entre la sociedad que se derrumba, agonizando, y los pequeños chacales hambrientos, que aúllan en el gran crepúsculo, en el cual todo está roto y no tiene sentido, todo está roto, todo está roto, y por cuyo abismo se levantan las hachas y las horcas, entre las llamas amargas, desaforadas de las últimas catástrofes, con un gran cinturón de terremotos y de cataclismos; ahora la aurora no volverá a asomar más, y los mundos oscuros, entrechocándose, rodarán, conmigo adentro, a la soledad enfurecida.

Degüello mi lenguaje a tus pies y me arrojo como un toro oscuro y desnudo contra la nada.

Acumulando los sepulcros de los héroes y los mártires de la tierra, desde la gran Asia mosaica al Africa ajusticiada por millones de degolladores de "Dios", desde la Europa de Marx a la América

popular a la cual ahogó en alcohol la aristocracia-mercantil-encomendera, y a la gran oceanía cósmica, pantano del pasado, a la orilla mundial de la tumba única de la Plaza Roja y en donde repose el esqueleto de Jesucristo, encima de los océanos y los desiertos de acero, a la sombra de pólvora de los volcanes de Chile, que son el temperamento de la ciudadanía, por debajo de los osarios, por adentro de los milenios y las verdades de oleaje internacional, tu epitafio de universo caído en los siglos, gritará: *Aquí duerme y crece para siempre la más hermosa flor de los jardines del mundo: WINETT DE ROKHA.*



Winétt de Rokha

CARTA-PERDIDA A CARLOS DE ROKHA

Todo lo lloro en ti, Carlos de Rokha, hijo querido mío: la vida heroica, acumulada, grandiosa y terrible que hiciste, y tu muerte súbita. Traías sobre la frente escrita, con significado trágico, la estrella roja y sola de los predestinados geniales. Y cuando mamabas la leche maternal, ya estabas chupando en el pecho de lirio de la niña divina y maravillosa, sol y mar y flor de la gran poesía de Latinoamérica, el sentido y el destino mortal, la total congoja de la Humanidad irredenta: el sello del genio de Winétt de Rokha, te persiguió, como una gran águila de fuego, desde la cuna a la tumba, pero no te influyó, porque no te influyó nadie, encima del mundo.

Perdóname el haberte dado la vida.

Entre el rumor de panal de abejas del universo de la poesía iluminada y popular de tu madre, toda de oro, y el carro de fuego que arrastra entre las masas humanas, atropellándose, mi estilo, forjaste un lenguaje tuyo y puro, de metales grandes y delgados como cuchillos de sol, único en América, y para lograrlo enfrentaste y desafiaste, como un niño héroe, la locura y el infinito. Pero mi sombra rugiente te hacía daño, te hería, te envenenaba a ti, tan bueno y tan alto como eras, porque los poetas como tú y yo, no únicamente no deberíamos ser hijos de nadie, Carlos de Rokha, hijos de nadie, padres de nadie, abogados del género humano, engendrados por partenogénesis. Esta tan tremenda situación de interdependencia literaria, la comprendías tú, yo comprendía que tú la comprendías; pero cuando uno de la tiniebla en la literatura, o el amigo desleal te lo planteó, queriendo echar espanto o ceniza de maldición, entre padre e hijo, padre e hijo los abofetearon en todo lo hondo del pantano personal; es que te corría sangre de mártires y héroes por las arterias y tu orgullo era tan grande como tu modestia y como tu grandeza.

Tu propio arte, como un mar furioso, te inundó el corazón, y si te admiré tanto como cuando hoy te admiro, fue porque enorme como tu heroísmo, fue tu sacrificio de toda y cualquiera forma de felicidad a los pies de aquel inmenso monstruo y mito social ardiendo, que es la Belleza, por la decisión irremediable de lanzarte al abismo del estilo en gestación, hasta ver ganada la batalla, por el sentido de llegar hasta el suicidio del destino y el bienestar de las comodidades literarias, para extraer del caos y el desorden de la

naturaleza bestial, la vital euritmia de tus cantos de platino y de rubíes incendiados.

Como para todo gran poeta, lo bello fue rigor colosal y oscuro, en tus ocupaciones de artista, y fuiste artista en todos los hechos y los sueños, exactamente como tu madre, de quien trajiste la inmensa imagen grecolatina y el vikingo en los Anabalones y los Sánderson, y el español mundial, alucinado y quemante, con "Dios" adentro, en los Díaz y los Loyola, gentes de fuerte envergadura y místicos de la realidad dramática. Como el hijo mayor de un gran amor, nosotros nos volcamos convulsionados en ti, con todo el dolor, con todo el placer, con todo el horror del amor, del amor por encima de todas las palabras y las leyes humanas, y, con la tremenda problemática de la naturaleza adentro de la naturaleza, nos estrellábamos con la naturaleza y la vida mágica, contigo en los brazos entre peripecias y epopeyas, en condición de artistas pobres, que no quisieron ser pobres artistas, y de creadores de lenguajes, abominables para los abominables y las feroces y tercas bestias negras de las literaturas amarillas. Abriste, pues, entonces, los ojos a la realidad categórica con una inmensa carga de complejos y de sollozos y una gran paloma de humo en la imaginación ardida. Tu madre y yo nacimos con el hermoso y desventurado y grandioso y épico país de Chile bañado de sangre, ensangrentado y crucificado de horrores, por el asesinato de Balmaceda, que aún bramaba en la República traicionada por la oligarquía nacional y el gran capital extranjero; tú, Carlos de Rokha, que te tomaste al abordaje la realidad del mundo a la orilla de "la gran Mar-Océano" de Valparaíso, naciste entre clarines medio a medio del "Año Veinte", pero como a aquellos toros de pellejos rojos que bramaban en el corazón del pueblo los degolló la traición ultramontana y reaccionaria, a tu infancia de creador chileno la presidió "un redoble de tambores enlutados", que, resonando con espanto, venía de las épocas remotísimas, y un sol enarbolado de coronas caídas; un enlutamiento general nos saludó en la cuna y nos va siguiendo, como un perro de hierro tremendo, que aúlla hacia la tumba. Por eso, amigo del alma, la construcción metafórica de tu lírica tan enardecida era, que era popular en sus contradicciones victoriosas, y es hecha de tierra, con gallos, con pájaros y sepulturas, con trigales y chacarerías en sus vocabularios de finura de florete o de filo de espada de batalla. Y existe aquella fuerza soberbia del átomo en desintegración en tu estilo de selección caballeresca, de caballería popular y escudo de armas de pueblo-

pueblo-pueblo, porque, como pueblo, es del pueblo, de donde emergen todas las formas de la energía de la golondrina y del águila, que son equivalentes cruzando los océanos de Continente a Continente, o las altas montañas del mundo, avalanzándose con vuelo épico.

Te quemaste el corazón de gozador goloso de la vida en el oficio irreparable del poema irreparable, de catástrofe en catástrofe. Ni Mallarmé, ni Rimbaud, ni Baudelaire ni el terrible y genial Isidor Ducasse, mal nombrado Conde de Lautreamont, te influyen. Son tus predecesores y tus compañeros de jornada, es decir, estás en la línea de ellos y de todos los otros demonios-dioses de lo arcángelico-demoníaco-heroico, en la creación estética, pero tú eras tú, y tu poema es tuyo. Y así vivías y así creabas. Gozaste de mujeres y vinos y saboreaste las comidas y las bebidas de Chile, como yo mismo y tus antepasados, desbordándote de abundancia y elocuencia pasional, derramándote y suicidándote en cualquier instante, para reconstruirte en la contradicción dialéctica. Por eso aquellos que atribuyeron tu gran bondad natural y el sentido de la hospitalidad chilena a ingenuidades engendradas en lo poético, se engañaban ruidosamente, porque el complejo del resentimiento los fue matando. Había una gran fuerza en tu carácter, ella surgía y rugía de tu vocación irreductible de artista que se realizaba victoriosamente, solo, y saliendo de adentro del pueblo, padre del hombre, de adentro del pueblo para quien escribe, quien escribe responsablemente. Eras y eres una lección de honor y de pasión heroica por lo bello logrado y lo sublime, y tu carácter consistía precisamente en carecer del carácter por el carácter, que es el amparo de los desamparados de su espíritu.

Ahora, e indiscutiblemente, como la sociedad da el contenido y el artista da la forma, y contenido y forma dan la unidad del arte, los grandes artistas son los héroes y son los líderes de la expresión, creadores de lenguaje, expresadores del idioma social de todos los pueblos, del idioma vital de la humanidad, revolucionarios, insurgentes y combatientes, todas las formas del arte expresan la misma materia —la literatura, la escultura, la arquitectura, la música, la pintura y las artesanías populares—, y el pueblo entrega a los héroes y a los líderes artísticos la tarea descomunal de dar idioma y estilo, estilo e idioma, “voz de Dios”, a la batalla y a la victoria, a la cual lo conducen los héroes y los líderes políticos. Por todo aquello la gran faena política del creador estético es la gran faena artística. Son inmensamente complejos los pueblos, no sencillos; el hambre que

recorre el mundo desde la Biblia, la Grecia antigua y la Mesopotamia, el hambre y la lucha de clases los encadenaron a una técnica estratégica de la personalidad popular épica, que implica todos los modos de la astucia para la guerra social, y la guerra social por la felicidad humana, les engendró su problemática rugiente; andan las masas echando llamas y son muchas las maneras de cantar que poseen, y que unifica la belleza, sublimándolas. Lenguaje de imágenes, sí, lenguaje de imágenes en la montaña de las metáforas, que son realidad estética. Tú sabías esto tan serio y universal, y lo sabías desde que naciste por la intuición poética, que es la sabiduría colosal y subterránea de los hacedores de imágenes, lo sabías porque lo sentías y lo hacías dirigiéndote furiosamente, dirigiéndote con ímpetu de huracán hacia tu destino: dar idioma a tu interpretación dialéctica de la naturaleza; y como te jugabas todo en la empresa maravillosa, te creían desordenado y sin método; por eso, Carlos de Rokha, por eso te estalló el corazón, como me va a estallar a mí, o como debió estallarme, debió estallarme y ser yo el muerto en este instante, y como le estalló a la estupenda y popular poetisa americana de todos los tiempos y los pueblos que fue tu madre, a través de otros modos hondos de la misma tragedia.

Tus crisis épicas hallaron, desde los tiempos heroicos de Winétt, la idolatrada, a toda la familia rodeándote de cariño y de estupor emocionado, y fuiste el eje familiar y el "centro de tormenta" de un núcleo de creadores de lenguaje estético, creadores de lenguaje artístico, por modos diversos, a cuya cabeza patriarcal tu madre y tu padre, yo, padecíamos, arrastrando peñascos desolados, o mordidos de rufianes y de ladrones de la literatura.

Ahora se azota tu memoria contra el resplandor de aurora de oro de la era cósmica que la gran URSS y la gran China Popular capitanean, y seguramente se remece tu ataúd, aclamando con espanto a Cuba heroica y líder de líderes, cuya gran victoria definitiva no viviste, porque moriste a la ribera misma del levantamiento general de todos los pueblos, después de haber contribuido con himnos líricos fundamentales, al levantamiento general de todos los pueblos, desde el enorme pueblo de Chile; por lo tanto, tu canto de santo de la poesía es un peñasco en los cimientos reivindicatorios, sin proponértelo tú siquiera; toda tu obra te coloca en la insurgencia revolucionaria porque la retrata, desde tu ángulo, a la caída de una época para la venida de otra época, la época de la victoria de los explotados y los expoliados sociales.

La existencia la viviste como quisiste, la viviste con la glotonería superior de la imaginación de un Rabelais, y esto te compensa de "El Terror de Existir", que planteó tu madre y yo deploro en "Morfología del Espanto", viviste apasionadamente, o acaso, desafortunadamente, desde el vértice del instante en que te filiaste revolucionario con el ejemplo "descomunial y soberbio", según las palabras de don "Alonso Quijano, el bueno", y adentro del cual huracanabas las vías públicas del Gran Santiago, con tus hermanos y hermanas, clamando "Bandera Roja" y "Multitud", o estabas encalabozado, recio como reo político, hasta la última vez que llegaste desde todo lo hondo de la noche tronada de aquel setiembre lluvioso y horrendo.

Rodeado de compañeros y amigas muy queridas, que seguramente te amaron admirándote y perdonándote, como es menester ser amado, y que te acompañaron con emoción estremecida hasta la caída en el gran sueño inmóvil de la nada, paladeaste esta contradicción negra y gozosa de ser, en la cual nos hundimos azotándonos: el amor humano, humanamente humano, fue tu ley "divina", y la amistad fue tu ley humana. Te mató, entonces, la superabundancia emocional, no apolínea, furiosamente dionisiaca, y el deslumbramiento inmortal del arte. Se escucha llorar en tu recuerdo un llanto herido de grandeza, esta familia nuestra de los de Rokha, recibió la conmoción horrorizada, y pasarán largos y muchos años en que estés siempre presente entre nosotros, toda tu obra se va volviendo piedra, tu madre te recibe de muerto a muerto, eterna en la materia maravillosa y criminal, y yo abrazo tu sombra clamante.

Después de haber muerto tu madre épica, Winétt de Rokha, la heroína de las poetisas mundiales, y después de haber muerto tú, al cual llamaban "el Rimbaud chileno", viví en París, en Moscú, en Pekín, en toda la inmensa, gran República Popular China, Carlos de Rokha y me acordé de ustedes desde los atardeceres tremendos a los amaneceres tremendos y el día clásico.

Ahora, tú sabías que nosotros, los viejos andados, golpeados, licoreados por el destino social de los héroes, no nos arrepentimos de nuestros errores, nos arrepentimos de nuestras virtudes, no de lo que hicimos y pudimos hacer, sino de lo que no hicimos y pudimos hacer y debimos porque quisimos hacer, y como yo aludo a mujeres y vinos, que tu madre me perdone, grandiosa, el enorme y gran afán colosal de las capitanías en todas las formas de todas las cosas viriles; por eso escribo estos renglones póstumos, entre póstumos; escucha, en la tumba, entonces, no la emoción de París, la conmoción

de París, la conmoción de Moscú, la conmoción de Pekín, que tu padre, tu anciano padre, enfurecido contra la vida caída, te transmite de las tres ciudades tentaculares, que tanto hubieras tú amado en el recuerdo inmortal de Winétt, la gran amiga mía.

Adiós, Carlos de Rokha, hasta la hora en que no nos volvamos a encontrar jamás, en todos los siglos de los siglos, aunque sean vecinos de vestiglos, los átomos desesperados que nos hicieron hombres.

PABLO DE ROKHA

Santiago de Chile, junio-julio de 1965.

LOS ROTOS CHILENOS

Son, o los pájaros subterráneos de América, con todo lo heroico a la cintura y los campos chilenos cono adentro de las entrañas, aullándoles,
o el pantalón de fuego del salitre, del cobre, del azufre, del hierro y del oro atacameño, antofagastino, tarapaqueño o del carbón mineral lotino, coronelino, o "Las Plegarias" —panteón de aluvión—, tratadas a patadas capitalistas, o del mojado y acorralado Lebu, que, sin embargo, lanza furiosas llamas, a la manera del hígado calcinado, arrasado, desterrado, del Norte Grande, o los zapatos del mar ardiendo, con petróleo adentro,
ajusticiados y ensangrentados, que ladran a la Pampa, echada como un toro encadenado, sobre sus cenizas;
chaquetas como chancletas de héroes, y andrajos que serían arrasados pabellones enlutados, canas del alma popular, llagas del hampa sublime a la cual los arrojan sus verdugos,
azotan su escupo total contra las hordas económicas
que emergen desde Norteamérica, como el lomo de los "Demonios" del Gran Pantano, *porque no hay paz, ni hay libertad sin pan*;
caminan *los rotos chilenos* agarrándose a las piltrafas del corazón, o enfrentando el infinito, amarrados a su clase, la clase obrera de Chile, su clase, que empuña el porvenir chileno, nacional-internacional, como la cabeza del arte del hambre de los desventurados,
como un puñal o un fusil o un océano o un laurel o un panal de abejas o a la manera de las rebeliones y las convicciones, que aúllan incendiándose.

Los obreros calificados del proletariado, u odiados, explotados, asesinados en masacres descomunales,
cargan a la espalda, ya acuchillada por el trabajo mal pagado, la dignidad de la nacionalidad, como un saco de llanto irreparable, henchido de rugidos.

Cuadrados como soldados democráticos, pueblo en armas, asesinándose en el devenir contradictorio de la historia, repeliendo los esqueletos hambrientos

con los esqueletos hambrientos, encadenados a la matanza por Caínes
y rufianes ensangrentados de dólares, crucificándose, suici-
dándose, eternizándose en las bayonetas,
como peles o como superhombres o como feriantes, torciendo el
sentido de la sociedad burguesa, acogotándola y embanderándola de
crespones enrojecidos
como a una inmensa tumba, que parece nido de serpientes,
aquellos están rugiendo boca-arriba entre las viejas balas muertas,
salpicados de eternidad, resonando.

Arrieros o lancheros o mineros,
tranquean las cordilleras en las que piensa la piedra eterna, y go-
biernan la mar furiosa, como negra, inmensa yegua,
o arañan, a patadas, el costillar de los piques macabros:
todos somos rotos.
Cachos de llanto, saborearon en las campiñas melancólicas,
surgidos de entre toneles y pajares, vacadas o majadas oceánicas o
altos y anchos caballos, de la calchonería patronal a la
industria siderúrgica,
que los sublimó envenenándolos, hacia la patria ajena de las minas,
del cemento que come pulmones transformándolos en espectáculos
petrificados, del terrible zinc imponderable o el acerbo
manganeso horrendo, encima de bahías y botellas,
y entre las máquinas endemoniadas, las mujeres y las naciones,
ahitos de errancias y desgracias, por adentro del socavón del con-
ventillo de barriobajo,
sudados o cansados de ser mártires,
o anclaron en "el patio de los callados", apuñalándose, o sonriendo
a la gran quimera de la existencia, que siempre deviene
muerte, únicamente muerte,
o chocaron con los acantilados, o murieron como perros de fuego
en los asesinatos sociales;
la inteligencia nacional es la sabiduría nacional del *roto*,
y ellos son "mañosos" y "amarditados", porque el coraje se les en-
frenta a las peripecias y a las epopeyas de la vida,
como un corvo de tinieblas, la desgracia
de ser hombres valientes, agarrándose del espanto en la agonía de
la burguesía,
los enfrenta a las oligarquías cómplices,

CARTA-ABIERTA A LA FAMILIA DE "LOS DE ROKHA"

Paris 2-VI-1964.

Ray cumplimos 10 días en la gran ciudad divina y podrida, y masana partimos Zurich - Berna: el Salado Zurich, Praga, Moscú, Garmisch, - (Siberia) - Patzin.

✓ Pasamos 2 días, sin nada.

Aquí, en París, o a París la vivimos y lo bebimos dramáticamente, a la chilena, como buenos brutos de las montañas americanas y la Gran Mar-Océano, entre estas gentes en desintegración, que exhiben su Metrópoli, como el culo las prostitutas.

Abundan el sexo y los homosexuales, y uno desea apartar a patadas, al turista insalubre, con su trafe de foto y la máquina fotografica de todos los brutos de todos los tiempos.

Facsimil de un fragmento de una carta de Pablo de Rokha

y entre ladrones y matones condecorados de asesinatos, son el gran fantasma de la internacionalidad, peregrinos del infinito, a la vanguardia del poderoso humanismo proletario, o el Hombre del Norte colosal, del Norte litoral, del Norte nacional, tomando la "Choca" rabiosa y madrugadora, o con los huesos pelados por el mosdisco de "la camanchaca"; peleándole a patadas a la Población Callampa, van a dar a las alcantarillas de las cárceles entre "los hábiles interrogatorios", y el abigeato del concubinato patronal, por "salteo" de una gallina viuda, los convierten en delincuentes fichados, con prontuario y cicatrices tremendamente policiales, en los apátridas de la República y en la "patilla" del "pelusa" irremediable, que se arrastra de presidio en presidio, hasta que mata y se derrumba en el fusilamiento o la celda perpetua, bajo los aplausos del siútico degenerado, o van, no a fondear, sino a trabajar a las grandes fábricas y las usinas metropolitanas, y a "Huachipato", "Curanilahue", "Potrerillos", "Mademsa" o "El Teniente" o "Pedro de Valdivia", "Chuquicamata", "Lota Alta" o "Lota Baja" y "Schwager", negros por adentro, y son asesinados en "La Coruña" y "San Gregorio", son asesinados en "Pisagua", son asesinados en "La Pascua Trágica de Vallenar", son asesinados por el Gran Capital Internacional del Imperialismo, tanto en Chillán como en Vietnam o el Africa, por el invasor y el colonizador tiburón-tigre, son asesinados a mansalva, con niños, ancianos y mujeres, por las carabinas horrorosamente empuñadas por un terrible y enorme Satanás, o por un Dios maricón, maldito, enfurecido e infernal, son asesinados por el grisú ardiendo, la esquistomosis, la silicosis, la tuberculosis y el Estado.

Constituyeron "los atacameños del 79", hombres de cojones y gran pana chilena, y los botaron cuando los usaron, los tiraron a la basura de la ilegalidad y la miseria, a la mierda eterna del pobre, a los victoriosos creadores desnutridos y baleados de la riqueza nacional, a los destripaterrones heroicos, a los enormes rotos del Morro de Arica o de Yungay, alimentados con

tragos cargados de espanto y "chupilca del diablo", huesos de fierro o café con ají, dinamitado y ardiente, que devinieron miserables jornaleros, carne de cárcel y de hambres totales,

o murieron de limosna, desbarrancándose de la sala común del hospital, a la sala común del panteón, como peones de patrones de asesinato.

Varones de urbe, trajinan, de sol a sol, en los Mercados y Recovas o las plazas portuarias,

con los inmensos bultos del mundo encima del sufrimiento, sudando desde la "cotona" a la "ojota", sudando y tomando el litro de vino de la desesperación alegre, sudando y echando a volar el chiste terriblemente triste, como un pájaro-sol guillotinado y pálido,

y, gañanes o estibadores, cargan la carga amarga de los desamparados sociales,

el fardo de llanto endemoniado, saliendo del invierno descomunal de las ciudades muertas o del Imperio indoespañol de los sepultureros,

"fabricanos" o "vaporinos", si asumen una gran conciencia trágicamente clasista,

reciben en todo lo alto y lo ancho del pecho popular, el amarillo tableteo espantoso de las ametralladoras del colonialismo,

y el garrote de los carabineros, forzados a ser verdugos de sus hermanos,

sublima la espalda de las compañeras o las golpea o las pateas, policialmente, o las azota como a yeguas de piara en las trillas antiguas,

en los pechos sagrados de las que están criando o en el vientre de las preñadas, todas

y solas grandes e ilustres madres de Chile, porque todos los rotos son mineros y todos los rotos son nortinos y marinos, después de haber bramado en los rodeos y las topeaduras, o a la sombra sonora de las pataguas.

Los forjaron en un gran material heroico, nacional, internacional y ultramarino-trágico, caballeros e insurrectos, y épico-dramáticos, amamantados con espanto y ajusticiados con andrajos,

hijastros de las montañas, las praderas y las oceanías, aterrados,
andariegos, arrasados por el huracán de la miseria
corajudos, arrecidos, temerarios,
pero son "pampinos" y son "maulinos" de índole y envergadura,
o soldados de epopeya y de odisea,
y el Norte-Grande es su prueba de fuego,
el Norte-Grande arado de barretas, el Norte-Grande ensangrentado
y acuchillado de esqueletos, por destripamiento,
o atorándose de cadáveres de trabajadores, o sublimándose
en la faena colosal, extranjera, asesina, estupenda como la muerte
o la belleza, que es como la muerte.

Ya son pasado las locomotoras,
y son antaño los barcos arcaicos, el látigo con pánico feroz del
avión, azota su romanticismo
industrial, y las provincias de Chile reciben los pétalos despavoridos
de la gran rosa cósmica de la estratósfera.
que aúlla universalmente de aquella punta a aquella punta de la
Humanidad, y el Estado
burgués parece también un buey-mujer o un culo de tonto de la
retórica-poética, arando a cornadas la Carretera Paname-
ricana, bañada, pateada, enmascarada con el escupo yanqui,
la China Popular de Mao, el inmortal, y la URSS coloso, levantan en
las espaldas acumuladas todo el peso del siglo,
marcha a la vanguardia de Hispanoamérica, *la pequeña e inmensa*
Cuba, mordiendo el tremendo rol de los líderes y los már-
tires a caballo en todo lo épico de la historia, ardiendo
por adentro del gigante Fidel Castro,
y los rotos chilenos
agarran su destino, como un cuchillo, de la tremenda empuñadura,
o sencillamente a patadas.

Rugen los genes del aventurero español y las categorías heroicas
de la Araucanía colosal, en la clase obrera de Chile, porque *los*
rotos chilenos son clásicos y hacen leyenda, constituyendo
el epicentro del universo popular de Chile, el mito enorme, y la
bandera de la clase obrera de Chile;
ríos con vino ardiendo les corren por adentro de los océanos del
espíritu insular, dionisiaco-arcangélico-demoníaco, *dramático*
y volcánico,

y grandes vacunos les braman en los pantalones de hereje, a la manera de cóndores domesticados, a la manera de culebras de las Pirámides de Egipto, a la manera de estatuas de fantasmas;

entre el mote con huesillos y la pólvora,
se acuesta con su mujer en las montañas, y el caballo es el hermano mayor de la familia, tan herida, y despavorida,
en la cual los quiltros póstumos dominan la literatura, bastante mejor que "Alone", el imbécil.

El cargador de la Vega Central y las Recovas, cuyo enorme saco de legumbres se distingue desde la Cordillera de Nahuelbuta, o rugiente,
o brillante de cereales y sudor nacional, resplandeciente,
lanza un bramido en la tenebrosidad de las épocas, por la "Chimba" arcaica adentro, como espanto de granujas y homosexuales, más o menos repletos de yanquilandismo, y hediondamente idiotas, plantea su problema democrático;
y el matarife se parece a un sacerdote chorreado de sangre, chorreado de muerte, chorreado de carne
dionisiaca, con un carnaval a antigüedad religioso-asesina saturándose, de la misma manera que el amarillo y temerario Sacrificio de la Misa,
o como aquellos ritos del Siglo v, anterior a la mentira maravillosa de Jesucristo, en la Mesopotamia;
el "managuá" que agarra a trompadas al mar, cuando ataca, traicionero, y monta a caballo en la tempestad, ensillándola, como a una inmensa mula de agua,
trajina los antiguos océanos, gravita en los barrios portuarios del malecón del mundo, domina las cantinas y los prostíbulos internacionales,
y retorna a la aldea natal, con su acordeón de tirabuzón melancólico, y la sífilis mordiéndole el tatuaje del corazón, a entregar las herramientas, como cualquiera en pelea a cuchilladas, o borracho como Guillermo Shakespeare, en Stratford-on-Avon, voz-"ginebra"-flor de estibadores y navieros;
porque soy roto chileno e internacional, canto como un roto al roto, y hablo su lenguaje ensombrecido; el "tiznao" de los ferrocarriles o la explotación carbonífera o carrilano total o explotado social, en todo lo hondo de los túneles subte-

rráneos, arañando con dinamitazos el vientre enorme de la tierra, cavando la tumba oscura de literatura del capitalismo, orador de los Sindicatos y el héroe del "pique" terrible, encadenado a las camas-calientes o acuchillado por las lluvias-andrajos, las lluvias-lunarias, las lluvias-zapatos del Sur, o adentro del pecho de acero de las locomotoras; el obrero chileno, intercontinental, líder de líderes, hundido, no encadenado a los pantanos del Canal de Panamá, mordido de mosquitos, o extrayéndole el cobre-dólares a las tripas ardidas de Chuquicamata, horriblemente ensangrentadas por la canalla yanquilandesa, y envenenado, matado de sílices y óxidos descomunales, tórridos, en las caleras y las usinas de los Altos Hornos, o en las pálidas, asesinas fábricas de máquinas de las Maestranzas de San Bernardo o Concepción o San Rosendo; así se va viviendo y muriendo aquí, simultáneamente, tal como quería Heráclito, pero, por adentro, traicionada la revolución chilena, brama la cara rajada de desesperación y coraje, y, ardiendo emergen los valientes; el huaso de trago y miseria del campo vecinal, sublimándose en nosotros los rotos, *el Roto*, que no olvidó la niña bonita de los contrafuertes cordilleranos, y conserva la tabaquera de la "prienda" aquella, entre el tatuaje de las hembras porteñas de las navegaciones, porque al hombre macho le canta el agua salada en la garganta; el "patipelado" general de la República, zapatero, albañil, carpintero y relojero y matancero, carretonero y peón nacional o regional de las afueras, sudado o manchado de sangres sociales y hasta el pililo, superior a los piojos furiosos que le obsequia la oligarquía, la cual alquila un siútico hermafrodita, que es el primer carajo de América, el inquilino y el afuerino emputecido, con el recuerdo del pañuelo de fuego del tarapaqueño, enrollándosele a la memoria, y agarrándosele, como patada de estatua; el que estudió para cadáver en la Población "José María Caro", y a quien la sociedad degenerada lo "sublimó", por fusilamiento,

en el patíbulo de las masacres o en el prostíbulo de los rufianes,
y el que naciere hijo de puta y posee el resplandor genial del conductor de naciones, el hombre pobre hombre pobre hombre y desaforado, con su gran dignidad de hilachas, todo pantalón roto y sepulcro de generaciones, cementerio y "cachureo", o barco náufrago en los acantilados de la existencia soberbiamente patiperra;
el chileno popular y su señora, la señora definitiva y republicana, abofeteado y azotado por el destino, con cuchillo y dentadura de calavera,
es decir, por la burguesía imperialista, asesina y horriblemente esclava,
que no es el "Verdejo", ni el pendejo patibulario del pintoresquismo degenerado, costumbrista-masoquista del podeto cosmopolita; todos aquellos somos *los rotos chilenos* que suman *el roto* y el corvo de *el roto*,
de pie encima del pedestal del mundo, complejo y acervo "en doble lenguaje contradictorio", en todas las formas de la morfología general de *el roto* profundo y oscuro, como el dolor humano.

Un león ausente canta en la guitarra de todo lo hondo del rotaje, y yo entiendo mi patria como abismo, como problema, como estilo catastrófico de águila inmensamente trágica, con el escuadrón civil de *los rotos chilenos* a la cabeza.

El roto, el quiltro, el loro, la "camará" y los chiquillos, o estupendos cosmonautas, arriesgados contra las tinieblas, o caminos despavoridos, o potros con lomos matados como cabalgaduras de demonios, son el sol de la nacionalidad, generosos, desordenados, andariegos, o alzando con espanto y técnica, las gélidas torres petrolíferas de la ENAP en Tierra del Fuego, a la manera superior del resplandor criminal y heroico de los Conquistadores, o rotos "alzados", como dicen los rotos capados de la siutiquería, asquerosamente oportunista, plebeya y electorera.

Los sacaron de los presidios, los tiraron a la matanza genial en
el Morro de Arica,
y cuando ya fueron héroes o mártires de Chile, cuando ya fueron
héroes y no bribones y explotadores, como sus patrones,
como los códigos los hicieron los ricos,
los quisieron arrojar a pagar en el calabozo envenenado el Gran
Asesinato de una carnera o una pollina, pero no pudieron.

No morimos como mendigos, morimos como bandidos,
los que vivimos en la heroicidad de las grandes tareas tristes,
fijando y eternizando lo característico de las multitudes
y las muchedumbres sociales en el árbol de mármol de lo
sublime,
y la granujería de la oligarquía criminal,
negocia la honra y las riquezas de la República, refocilándose como
los caballos desensillados a la orilla de un sepulcro,
con el invasor o el maricón cosmopolita,
porque *los rotos chilenos*, estamos como cargados de hambre enorme
y de fusiles de hambre enorme, en el descalabro y el desa-
cato del imperialismo,
organizándonos para la línea de fuego de la Revolución.

Un tambor funeral llama a las batallas definitivas,
desde el gigante piojo del roto, advirtiéndonos que está lo viejo
muriendo, porque está lo nuevo naciendo
en la placenta de la historia.

Y el corazón de *los rotos chilenos*,
absolutamente complejo, infinitamente complejo, horrorosamente
complejo, en la unidad heterogénea, contradictorio y atra-
biliario, porque el hombre
del pueblo engendró la telaraña colosal de la estrategia
contra sus verdugos, desgarrándose
en lo tenebroso categórico, y nunca sencillo
como las ovejas o como las tinajas, criado con espanto envenenado,
va a encontrar su idioma ecuménico
y popular, extrayéndoselo de la pelea descomunal por el pan y la
libertad...

Aman al fantasma que reflejan,
la sombra lluviosa y funeral de los acometidos por el bramido total
del destino bestial y lleno del viento tremendo de los ase-
sinados por la espalda, y el imponderable
aterradoramente trágico y enigmático,
de los imponderables del imponderable, el tropezón con el panteón
de la *infinita sequía amarilla*, de aquellos que tuvieron
como herencia, un gran temporal de patadas
y escupos, y murieron como vivieron y vivieron como murieron sus
abuelos: con una ojota puesta.

OBRAS DE PABLO DE ROKHA

- Versos de Infancia* (1916).
El Folletín del Diablo (Edic. Diario "La Razón", Santiago, 1922).
Los Gemidos (1922).
Heroísmo sin alegría (Edic. Klog, Santiago, 1927). Ensayo.
Cosmogonía (1927).
U (1927).
Satanás (1927).
Ecuación (1929).
Suramérica (1929).
Escritura de Raimundo Contreras (Edit. Nascimento, Santiago, 1929).
El canto de hoy (Edic. Klog, Santiago, 1932).
Canto de trinchera (Edit. Multitud, Santiago, 1933).
Jesucristo (Edit. Klog, Santiago, 1933).
Los trece (Edit. Multitud, Santiago, 1935).
Oda a la memoria de Máximo Gorki (Edit. Multitud, Santiago, 1936).
Moisés (Edic. El Imparcial, Santiago, 1937).
Gran temperatura (Edit. Nascimento, Santiago, 1937).
Imprecación a la bestia fascista (Edit. Multitud, Santiago, 1937).
Cinco cantos rojos (Edit. Multitud, Santiago, 1938).
Morfología del espanto (Edit. Nascimento, Santiago, 1942).
Canto al Ejército Rojo. (Edit. Multitud, Santiago, 1944).
Los poemas continentales (Edit. Multitud, Santiago, 1945).
Interpretación dialéctica de América: Los cinco estilos del Pacífico (Edit. Libertad, Buenos Aires, 1948). Ensayo.
Carta Magna del Continente (Edit. Multitud, Santiago, 1949).
Arenga sobre el arte (Edit. Multitud, Santiago, 1949). Ensayo.
Fusiles de sangre (Edit. Multitud, Santiago, 1950).
Funeral por los héroes y los mártires de Corea (Edit. Multitud, Santiago, 1950).
Fuego negro (Edit. Multitud, Santiago, 1953).
Arte grande o ejército del realismo (Edit. Multitud, Santiago, 1953).
Antología (Edit. Multitud, Santiago, 1954).
Neruda y Yo (Edit. Multitud, Santiago, 1956). Ensayo.
Idioma del Mundo (Edit. Multitud, Santiago, 1958).
Genio del pueblo (Edit. Multitud, Santiago, 1960).
Acero de Invierno (Edit. Multitud, Santiago, 1961).
Canto de fuego a China Popular (Edit. Multitud, Santiago, 1963).
China Roja (Edit. Multitud, Santiago, 1964).
Estilo de masas (Edit. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1965).
Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile y Canto del Macho Anciano (Edit. Universitaria, Santiago, 1965).
Poemas, selección de Luis Sánchez Latorre (Edit. Zig-Zag, Santiago, 1966).
Mundo a Mundo, estadio primero (Edit. Multitud, Santiago, 1966).
Tercetos dantescos a Casiano Bascualto (Edit. Multitud, Santiago, 1966).